

La Ilustración Artística

Año XVII

← BARCELONA 10 DE OCTUBRE DE 1898 →

Núm. 876

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos á publicar un notabilísimo artículo de D. Francisco Pi y Margall, titulado Guatimozín y Hernán Cortés: es un diálogo entre el último rey azteca y el caudillo español, que escribió el ilustre publicista hace algunos años y que dedicó y entregó en propiedad absoluta á su antiguo amigo D. Luis Madrazo.

En él se estudia con la elevación de miras y con la competencia indiscutible que caracterizan al Sr. Pi la civilización nahua y el carácter de la conquista, fundando la

narración en hechos rigurosamente históricos y presentando el asunto bajo una forma tan interesante como amena.

Movió al Sr. Pi y Margall á escribir este trabajo la erección en México de la estatua de Quauhtemoc, conocido entre nosotros bajo el nombre de Guatimozín.

Concediendo al artículo toda la importancia que realmente tiene, lo publicaremos ilustrado con varios dibujos tomados de jeroglíficos y documentos auténticos que reproducen las principales escenas á que en el texto se hace referencia.



AL PIE DE LA REJA, cuadro de J. Vila Prades (Salón Parés)

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por D. Emilio Castelar. — *La anexión de las islas Hawai a los Estados Unidos.* — *El general D. Julio Argentino Roca*, por R. Monner Sans. — *Teluria*, por J. Menéndez Agosty. — *Boceto. El tronco*, por Juan O'Neill. — *Nuestros grabados.* — *Mentira sublime*, novela (continuación). — SECCIÓN CIENTÍFICA. *Puente transbordador, sistema Palacio.* — *Máquina para colocar las vías metálicas por tramos montados.* — *La velocidad de los tranvías.*

Grabados. — *Al pie de la reja*, cuadro de J. Vila Prades. — *El general D. Julio Argentino Roca.* — *Vendedora de flores en Venecia*, cuadro de Esteban Novo. — *Abuelita, ¿quién soy?*, cuadro de C. Cei. — *En la isla de Capri*, cuadro de Carlos Bohme. — *Capilla en donde Aguinaldo se proclamó presidente del gobierno revolucionario filipino.* — *Bombardeo de Candia por el buque inglés «Hazard».* — *Anexión de las islas Hawai a los Estados Unidos. Acto de la toma de posesión en 12 de agosto de 1898.* — *Iglesia de San Francisco de Asís en Palermo.* — *La Cartuja de Pavía. Extremo de la fachada.* — *Una belleza de antaño*, dibujo de José Llovera. — *Decoración de «Dejanire».* — El literato alemán *Teodoro Fontane.* — *Mme. Paulmier.* — *Mr. Luis Olivier.* — Puente transbordador, sistema Palacio. — Máquina para el transporte y colocación de los tramos montados. — *Estudios de Fra Bartolomeo.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Últimas palabras del Vaticano. — Importancia que tiene cuanto dice Roma. — Altísimas calidades del papa León XIII. — Sus preferencias por el régimen republicano en Francia y el régimen parlamentario en España. — Su tradicional intransigencia con Italia. — Roma es la eterna capital del catolicismo. — Necesidad que tiene de reconciliarse allí con el régimen moderno como se ha reconciliado en todas partes. — Reflexiones sobre el asunto Dreyfus y el viaje de Guillermo a Palestina y el discurso en Washington de Chamberlain y la revolución palaciega en China. — Conclusión.

No hay palabra ni hecho del Vaticano que deje de resonar con resonancia indecible y de trascender con trascendencia eterna por todos los pueblos, á causa de la grandeza connatural á las instituciones y á los institutos espirituales y religiosos, cualesquiera que sea su origen y su carácter. No hubo en la cristiandad jamás Pontífice tan propenso á recibir la visita del espíritu de nuestro siglo, amén de recibir la visita del Espíritu Santo, como el pontífice León XIII. Nada en su persona del absolutismo, á que aspiraba la persona de Pío IX. Su ilustre sucesor hoy reinante nunca hubiera promulgado ningún dogma sin el asentimiento de la Iglesia universal; nunca reunido el Concilio vaticano último para concluir y rematar la triste absolutista obra del Concilio de Trento; nunca escrito un *Syllabus* como el que hace unos ocho lustros ahora proclamaba la incompatibilidad entre los dogmas del Dios vivo y los derechos de la humana especie: filósofo León XIII, poeta, pensador, aunque no haya salido del escolasticismo, sabe por Santo Tomás y su escuela que, si hay algo democrático, liberal, republicano de veras en el mundo, es la Iglesia de Cristo. Por eso condena los carlistas en España, declarando intangible aquí el régimen constitucional y parlamentario; por eso manda con imperio á los católicos de Francia que acepten sin empacho las instituciones republicanas y ayuden á su arraigo y á su estabilidad. Mas en tratándose de Italia, pierde los estribos. Las dos potestades no pueden vivir, según él, bajo un mismo cielo y sobre una misma tierra. El rey de la Italia novísima está disminuído en el Quirinal, como el papa de la Iglesia católica está cautivo en el Vaticano. Y así, valiéndose de la ocasión propicia que le ha ofrecido el motín enorme de Milán y las represiones consiguientes al motín que han maltratado mucho á los curas, León XIII vuelve á maldecir y anatematizar la usurpación de los Saboyas, dejando entrever en sus palabras que si esta usurpación perdura, concluirán los pontífices romanos por abandonar á Roma. Esta increíble amenaza no puede cumplirse, y si por milagro se cumpliera, perderían más los jefes de la Iglesia que los jefes del Estado en Italia.

**

No hay en todo nuestro planeta lugar para el catolicismo como Roma. La gigantesca encina del pontificado ha cogido con sus raíces aquella tierra sacra, y transformándola y esparciéndola por los cielos en verdaderas nubes de ideas, ha llenado y henchido con ellas la humana conciencia. En ninguna parte podría tener el pontificado santuario tan acorde con su grandeza. La solemnidad sublime de aquellas soledades, semejantes á cementerios de razas muertas; el *Miserere* exhalado á las alturas por los clamores inefables de las ruinas, verdaderos faros de ideas eternas; las catacumbas pobladas de mártires allá en los hondos surcos y en los insondables abismos, al par de las rotondas, como trofeos de triunfos

allá en los aires luminosos; el conjunto de reliquias que ha dejado el espíritu allí, á primera vista despojos fríos, y en realidad larvas de nuevas almas para muchas generaciones vivientes; los templos levantados á la oración y al espíritu en los jardines mismos donde los Nerones se daban al sensualismo y á las orgías; el ejército de sombras que vagan por aquellos horizontes, y las bandadas de recuerdos que vuelan hasta por los giros del aire, hacen de la Ciudad Eterna el eterno santuario de la fe católica y el hogar irremplazable de la raza latina donde se juntan el mundo antiguo y el mundo moderno por instituciones como el pontificado y por edades como el Renacimiento, componiendo luminosas síntesis, las cuales aún pueden servir, por su solidez de bases y por su esplendor, de coronas á las sociedades modernas. ¿Dónde iría el papa que hallase las grandezas de Roma? No hay en parte alguna otra Basílica de Letrán como aquella, engarzada en los monumentos clásicos, junto á la iglesia de Constantino y ceñida con los mosaicos del Giotto; ni otro Panteón de todos los dioses que convertir en Iglesia de todos los santos y levantar á los aires sobre los brazos de Miguel Ángel; ni otro Coliseo, ni otro Circo Máximo donde despertar de las moles colosales y de las cenizas sacras la procesión de los mártires con sus aureolas y con sus palmas; ni otras catacumbas donde ver en calles interminables la ciudad subterránea esclarecida é ilustrada por los primeros albores del arte católico; ni otro Vaticano con su Santa Sede allá en el ábside, con su sepulcro de Pedro en el crucero, con sus legiones de papas en mármol y bronce por las capillas y sobre los sarcófagos, con sus coros de clásicas estatuas vaciadas en piedras pentélicas y esclarecidas por la luz del Atica y realzadas por los besos del mar Jonio; con sus artistas del Renacimiento que han dejado por la Capilla Sixtina, por las estancias, por las Logias, ora en figuras sublimes como un capítulo de Isaías ó como una cadencia de Palestrina, ora en figuras rientes como las diosas paganas, el poema cíclico del cristianismo desde la creación hasta la muerte. Así esas instituciones religiosas, que tanto viven de sus prestigios, no podrían desarraigarse del suelo romano sin perder sus propias y naturales raíces. Lo que necesitan es amoldarse á las nuevas condiciones de la vida moderna; transigir con el espíritu de nuestro siglo, y renunciar á la engañosa esperanza de nuevas restauraciones, en las cuales podrían estrellar su poder espiritual contra las sirtes de un poder temporal, innecesario á su autoridad religiosa y á su influjo sobre las conciencias. Por su parte, Italia, en su alto sentido de la realidad y de la política, debe prestarse á una conciliación indispensable para la paz universal y para su propia grandeza en la Historia.

**

Imposible prolongar más tiempo estas murmuraciones; y lo merecían miles de cosas que no pueden abarcarse, no, en tan estrecho espacio. Merecía ese proceso del desgraciado Dreyfus, cuya revisión, resuelta con calma y en paz, no hubiera podido suscitar estos desórdenes y estas inquietudes que han suscitado las pasiones de los partidos, perturbadoras del sacro derecho y de la serena justicia; merecía ese viaje religioso del emperador Guillermo á Palestina, el cual viaje puede acompañarse con coros del *Tanhauser* y con octavas de la *Mesiada*, y acompañar miles de sospechas internacionales encendiendo nuevos combustibles para la hoguera de una guerra que á todos puede devorarnos; merecía ese increíble arresto del emperador moscovita, proclamando el desarme ante Creta insurrecta, y ante los archipiélagos filipinos y antillanos que nos acaban de robar la piratería y la conquista, y ante las codicias que se dividen y reparten como despojos de un imperio muerto el imperio chino; merecía esa conjuración del ministro Chamberlain, de antiguo consagrado á reunir la raza germano-sajona contra las razas latinas y eslavas en un combate apocalíptico; merecía esa revolución chinesca, en que cae un joven emperador, ansioso de romper opresoras tutelas, y en que sube al trono una emperatriz experta y ambiciosa, la cual quiere detener temerarias reformas que hubieran cambiado la naturaleza de aquel gobierno, despedir al embajador japonés, el célebre conde Ito que intriga en Pekín, poner en armonía los embajadores de Londres y Petersburgo y Berlín, regatear á Rusia cuanto pueda de la tierra manchuria, y á Inglaterra cuanto pueda del mar Azul, y á Francia cuanto pueda del mar Colorado, sin suscitar un conflicto intercontinental y sin traer una guerra europea. Pero me faltan tiempo y espacio para todo, lo remito á las próximas murmuraciones.

Madrid, 4 de octubre de 1898.

LA ANEXIÓN DE LAS ISLAS HAWAI

Á LOS ESTADOS UNIDOS

(Véase la lámina de la página 655.)

El día 12 de agosto último celebróse solemnemente en Honolulu el acto de transferir á los Estados Unidos la soberanía de las islas Hawai. Mucho tiempo hacía que la República norteamericana codiciaba este importante archipiélago: cuando en 1843 Inglaterra y Francia firmaron la convención que garantizaba la independencia de las islas, bajo la dinastía de los Kamehameas, los Estados Unidos se negaron á firmarla, como si presintiesen el porvenir.

Si se examina un mapa de Oceanía, se verá que este archipiélago es de una importancia excepcional desde el punto de vista geográfico, puesto que constituye, en el Pacífico septentrional, el único puerto en donde los buques que hacen la travesía de América á China pueden detenerse cómodamente para hacer carbón y aprovisionarse de víveres. Compónese de ocho islas y de un gran número de islotes roquicos, atolls solitarios procedentes de la misma conmoción volcánica que se suceden en dirección Noroeste casi hasta mitad del camino del Japón.

La superficie del archipiélago es de 17.454 kilómetros cuadrados y su población de 109.020 habitantes: su comercio con América representa el 92 por 100 de su comercio total.

La riqueza de estas islas son las plantaciones de caña de azúcar: para fomentarla, el rey Kalakaua firmó en 1876 con los Estados Unidos un tratado de reciprocidad en virtud del cual los azúcares de Hawai entraban en aquella nación libres de derechos. Esto significaba una ventaja enorme para los plantadores, quienes se han beneficiado, desde que el tratado se firmó, en unos 65 millones de dollars sólo por el concepto de la exención de los derechos de aduana que pesaban para otras naciones sobre este artículo. Esto excitó la oposición de los azucareros de la Luisiana, de los refinadores americanos y de los cultivadores de remolachas, oposición que amenazaba acabar un día ú otro con aquellas ventajas. Este peligro hizo nacer entre importantes elementos hawaianos la idea de la anexión, pues desde el momento en que el archipiélago formara parte del Estado norteamericano desaparecería el temor de que cesaran los beneficios conseguidos.

El destronamiento de su querida reina Lilinokalani en 1893, realizado á pretexto de una violación constitucional, no fué en el fondo más que expresión del deseo de que aquella idea se convirtiera en realidad: dispuesta á conceder á los yanquis favores, influencia, privilegios, estaciones de carbón, etc., la soberana exigía el mantenimiento de la independencia de su raza y se mostraba inflexible en lo tocante á la anexión.

Destronada Lilinokalani, fué nombrado en 4 de julio de 1894 presidente de la república M. Sanford B. Dole, jurisconsulto notable dotado de un gran talento y de un carácter enérgico, quien desde que se hizo cargo del poder no tuvo otra mira que conseguir la anexión, que al fin decretó el Congreso en julio del presente año, habiéndose celebrado, como dejamos dicho, el día 12 de agosto último la solemne ceremonia del traspaso de soberanía izando la bandera norteamericana en el palacio del gobierno de Honolulu.

Los plantadores han ganado, por consiguiente, el pleito; pero ahora tendrán que luchar con el encarecimiento de la mano de obra, puesto que los 50.000 asiáticos que trabajan en las plantaciones han de promover grandes dificultades desde el momento en que dejen de estar ligados por la cláusula penal de sus contratos, que hacía de ellos unos semi-esclavos y que la anexión ha abolido como contraria á la Constitución.

En cuanto á los indígenas hawaianos, la anexión ha producido en ellos honda tristeza: el cariño y la adhesión que profesan á su bandera y á su bondadosa soberana tienen algo de conmovedor, y por más que se dicen que sin la guerra hispano-americana los elementos de oposición que había en el Congreso habrían retardado la anexión por algunos años y que los cañones de la escuadra del almirante Dewey en Manila fueron los que sellaron la suerte de Hawai, nada de esto les consuela, pues comprenden que la anexión significa el fin de su raza.

Un testigo presencial de la ceremonia de la toma de posesión dice que revistió un carácter de tristeza indecible: cuando, entre las salvas de los cañones fué arriado el pabellón hawaiano que no volverá á ondear en el archipiélago, muchos ojos estaban arrasados en lágrimas; «parecía como que de la muchedumbre inmensa allí congregada se escapaba un inmenso sollozo.» — X.



EL GENERAL D. JULIO ARGENTINO ROCA

J. Dieguez 77

EL GENERAL D. JULIO ARGENTINO ROCA

Ignoro si es virtud ó si es defecto vivir en la calle, ya que lo que estiman exceso de franqueza algunos, suelen vituperarlo otros, creyendo que cuando los hombres alcanzan cierta notoriedad la prudencia y la reserva se imponen. Así debe opinar el ilustre general Roca, cuando la nota descolante de su carácter es la reserva, reserva que sus naturales enemigos políticos califican de astucia.

Porque no me liga ningún lazo de amistad con el futuro presidente de esta República, puedo decir sin reparo lo que de él opino, y aun contar alguna anécdota que permita apreciar lo que vale este *héroe del desierto*.

El general Roca, como todos los personajes de valer, tiene el difícil don de apreciar á los hombres en lo que son y en lo que valen. Sus ojos verdosos, medio velados siempre por un tinte de tristeza, se clavan en su interlocutor, y rara vez se equivoca en el juicio que formó *à priori*. Al verle en la calle, en el Senado, en las reuniones públicas ó privadas, en dondequiera que haya público más ó menos numeroso que pueda juzgarle; al observarle grave y serio, con recelosa mirada y encerrado en taciturno silencio, nadie creería que el general es jocoso, familiar, amigo de cuentos y servicial en grado superlativo. Tiene la rara cualidad de hablar á tiempo, y la no menos rara de tener siempre presente en su memoria que

del dinero y la bondad
la mitad de la mitad.

La vaga sonrisa de su semblante delata al observador una incredulidad á prueba de halagos y protestas.

Dentro de un cuerpo relativamente delicado, se encierra el alma de un verdadero militar. Si el «ó faja ó caja» pintaba á nuestro D. Juan Prim, la frase «Esta vez me hago matar ó me hago coronel,» pronunciada antes de la batalla de Ñaembé (1871) retrata al general Roca.

Y no le mataron; y venció la insurrección que capitaneaba López Jordán; y con lograr que la república entera se fijara en él, logró algo más que los galones que perseguía.

Otra empresa de mayor importancia debía llevar á cabo «el tucumano,» como por entonces se le llamaba. Jefe de fronteras durante tres años, conoedor de la pampa argentina, acarició pronto el proyecto de sojuzgar á los indios, ó de repelerlos tan lejos que dejaran de ser una continua amenaza para la provincia de Buenos Aires. Cuando en 1878 tomó á su cargo la cartera de Guerra y Marina, fué al ministerio con el firme propósito de ensanchar las fronteras de su patria; y sin que le arredraran obstáculos y rechiflas, con la tenaz constancia del hombre que durante largo tiempo acarició una idea cuya realización estima conveniente, logró llevar á cabo su proyecto, y el 25 de mayo de 1879 el pabellón argentino cobijaba quince mil leguas más de tierra feraz y rica. Desde entonces puede ostentar el título que le dan muchos de «héroe del desierto.»

Hablando un día con persona de su íntima relación, y á propósito de cierto asunto político, hube de preguntar:

— Y el general, ¿qué opina de todo esto?
— Pues el general, me contestó, no opina nada. (añadiendo en voz más baja) para los demás.

Y temeroso de que pusiese en duda la sinceridad de sus palabras, me refirió, con minuciosidad encantadora, conversaciones oídas que eran verdaderas batallas libradas en presencia del general para que una palabra, un gesto, una mirada descubrieran el modo de pensar del general Roca. Inútil es agregar después de lo consignado al principio, que ni se abrieron los labios, ni se encogieron los músculos, ni

— Vaya, Roca no es el hombre que le han pintado.

A pesar de estas seguridades, confieso ingenuamente que me acerqué de nuevo al general Roca más embarazado que la vez primera. Expúsele, como Dios me dió á entender, el motivo de mis dudas, y tomando el papel que tenía en mi mano lo rompí diciéndome:

— No le aseguré á usted que no era hombre de pluma... Pero como quiero complacerle, venga usted á mi despacho y entre los dos borronearemos algo.

— ¡Mi general!, dije por decir algo.

Y escribiendo lo que en aquel «Número» apareció supo agregar:

— Ustedes los literatos saben decir lo que quieren; en cambio á mí me cuesta trabajo escribir lo que pienso.

¿Decía verdad el general Roca? Creo que no, pero el hecho rigurosamente histórico demuestra un gran sentido común y que «no es tan fiero el león como le pintan.»

Este es el hombre — de 55 años — que por segunda vez sube á la presidencia con el aplauso de muchos y la benevolencia de todos. Si ha tenido el talento de inutilizar á sus enemigos políticos, no ha de faltarle para contribuir á que el país se reponga de pasadas crisis. Así como el general Mitre representa un pasado glorioso, Roca representa un porvenir risueño. Hoy la Argentina necesita hombres que hablen poco y obren mucho; por esto va el general Roca á la presidencia de la República Argentina.

R. MONNER SANS

TELURIA

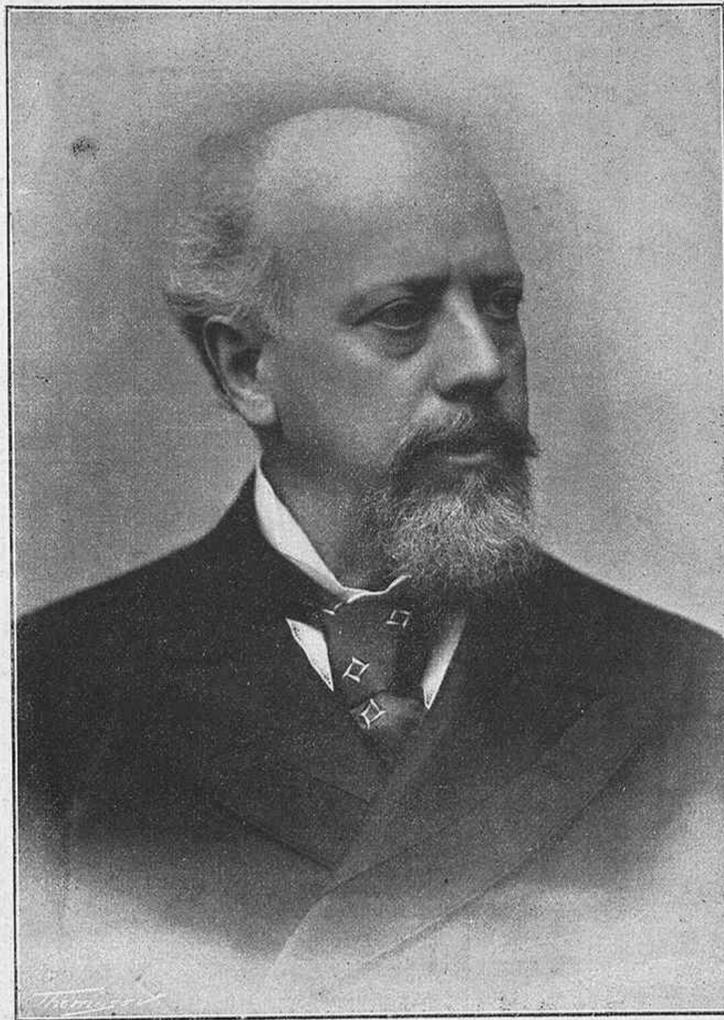
Teluria saludó á su marido y se dirigió á su camarote. Era la noche de primavera, serena y tibia, y el tranquilo mar, tenuemente rizado, se extendía sin fin con inquietas irisaciones de plata. El cielo estaba muy claro y la luz de la luna obscurecía la de las estrellas, no dejando percibir pálidas é inmóviles más que las de primera magnitud. El barco corría sin cabeceo, cortando el agua con firme impulso. Suave brisa gemía entre las cuerdas del aparejo, tomando algunas veces, cuando soplabá con más fuerza, vago tono vibrante y musical, como si se agitase un arpa invisible. Sobre cubierta sólo estaban los marineros de servicio... Rodas se levantó dirigiéndose á proa con la cabeza baja; miró un rato al mar y volvió á popa. Su blanca frente tenía contracción dolorosa y abría y cerraba los ojos con febril rapidez. Otra vez se sentó. Canturreaba un marinero y trasladó su silla lejos del impertinente con disgusto y rabia. «No puedo, se le oyó decir. No puedo. Es más fuerte que yo, más grande... ¡Ah, Teluria!» E inclinó la cabeza sobre el pecho. De la escotilla de babor surgió una sombra. Era Teluria, que llegó junto á su marido y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

— Ven á dormir. Te hace daño el relente. Cuidado que eres terco... Anda, anda.

Y le empujaba dulcemente. Rodas levantó la cabeza. En su mirada fulguró un resplandor amarillo, y se contrajo violentamente su faz.

— Déjame, vete, contestó con opaca voz.

Teluria quedó ante él yerta, con los ojos muy abiertos ante la inmensidad del mar dormido. Una



El general D. Julio Argentino Roca, presidente de la República Argentina que tomará posesión de su cargo el día 12 del presente mes (de fotografía de A. S. Witcomb)

se avivó la mirada, retirándose los concurrentes de la tertulia íntima sin saber qué ideas rebullían en la mente del afortunado militar.

Para terminar referiré un sucedido en el que tuve que intervenir.

Habiéndome ocurrido en 1892 publicar un «Número Único,» conmemorando el Descubrimiento de América, y deseoso de que el general Roca escribiese un pensamiento, hube de pedir á mi cariñoso amigo el general Mansilla una tarjeta de presentación. Poseedor de ella, visité á Roca, y después de las naturales frases de cortesía expuse mi pretensión. Excusóse primero el general, pero luego acabó por acceder á mi ruego ofreciendo mandarme á los dos ó tres días el pensamiento solicitado. Vino éste, y aquí de mis dudas: lo escrito no encajaba en la publicación en proyecto; pero después de haberlo pedido, ¿podía dejar yo de publicarlo? Fuí entonces á ver al general Mansilla para explicarle el conflicto en que me hallaba, aconsejándome este último que, no por carta, sino personalmente, fuese á ver á Roca y le expusiese con toda claridad el motivo de mis vacilaciones. Como yo titubease, agregó D. Lucio:

lágrima que brotó sin gesto alguno deslizóse por su cara. El capitán levantó la cabeza y la vio.

— No, no llores... Perdóname. Perdón, Teluria... ¡Oh, cómo soy! ¡Qué miserable!.. Vete, no me mires. Aborreceme.

Y huyó hacia la banda opuesta, recostándose con la vista sobre el agua. Teluria le siguió.

— Ven, hombre, ven.

Tuvo la voz de su mujer tan suave y arrullador tono, que Rodas levantó rápidamente la cabeza.

— ¿Quieres paz?, preguntó ella.

— ¡Oh, sí, sí!..

— Pues mira...

El rostro de Teluria se transfiguró; diríase que fosforecía, iluminándose el barco con un resplandor diamantino. Sus ojos se abrieron magníficos, como para abarcar todo el espacio, y con su mano señaló á lo lejos.

— ¡Ve!

Rodas alargó la cabeza, atisbando en la líquida lejanía del horizonte.

— ¿No ves la sombra, con la herida en el pecho, sangrando todavía?.. ¿No le ves?

— No, no, Teluria.

Teluria dejó caer el brazo desfallecida.

— No habrá paz.

Tal dijo con triste acento y desapareció en las sombras del barco.

Rodas apretó los puños y bajó la cabeza.

* *

Un camarote. Teluria escribe:
«No quiere paz. Es rebelde, soberbio. Todo su amor no puede lo que su altivez... Sé que le persigue sin tregua la sombra de mi hermano, invitándole á la confesión, para salvarle de este naufragio de nuestro cariño, como nave destrozada que hace agua por todas partes... No quiere ver esa sombra sangrienta, con la herida fresca siempre, recuerdo vivo del negro drama... Yo estoy resignada. Por mí no sufro. La calumnia no llegó á mí, y si llegó no pudo mancharme. Más me hiere y aniquila la pérdida suya, su terca dignidad. Desde que nos casamos..., apenas terminó la ceremonia (¡qué fúnebre resultó!), empecé mi campaña. ¿Por qué aquel insulto? Le hablé de los amigos. No me contestó. De su propia obcecación. De un error, de una obsesión, de una mentira intencionada... Silencio siempre. Una vez me dijo: «De la calumnia no hablemos. De lo otro, bien muerto está.» Y me volvió la espalda. No cabe duda que entre él y mi hermano había resentimiento hondo, antiguo. Lo de la calumnia fué un pretexto para batirse. Mi hermano sabía el secreto del sordo rencor, estallado á nuestra vista repentinamente, con tan violenta cólera... ¡Pobre capitán! Siempre que tengo ocasión le llevo al mismo camino. Una palabra, un gesto de arrepentimiento y le abriré los brazos. Se lo dije el día de la boda. «Me caso porque á ello me obliga un pacto de familia; pero íntimamente, en las soledades de la vida conyugal, no seré nunca tu mujer, nunca..., es decir, hasta que te arrepientas de tu delito. Entre los dos está mi hermano..., tu bárbara calumnia.» Y me quiere, también lo sé; me adora. Le he sorprendido varias veces en éxtasis ante un retrato mío que lleva en su cartera. ¿Por qué no ha de ceder? ¿Es tan poderosa esa fuerza del amor propio? Hermanita, estoy cansada. Mañana continuaré.»

* *

Un camarote. Rodas piensa. «Teluria, Teluria mía! ¡Qué lejos estás de mí!.. Cada vez más lejos ¿Por mi culpa? No, no... Por culpa del azar, del destino. No

tengo yo la culpa de que mis padres me arrojaran á un muladar para llevar siempre en mi frente la afrentosa mancha. He nacido para gustar todas las hieles y desear todas las venturas. ¿Hase visto mayor tormento? Su hermano... Su hermano fué la víctima con que calmé mi sed..., no, mi plétora, mi hartazgo



VENDEDORA DE FLORES EN VENECIA, cuadro de Esteban Novo

de odio hacia la humanidad... Todos á escupirme, yo solo ante todos. Alguno tenía que caer. ¡Ah! Pero aquí dentro hay ternura, delicadísima ternura... Soy bueno, acaso grande. No soy vulgar. Si me comprendieran... (Pausa) ¡Pobre Teluria! El hermanito me hizo daño. Aquella palabra (apretando los puños) fué un salivazo... Inclusero, canalla... Me ahogó una ola roja. Lo primero que se me ocurrió fué otro insulto... ¡Qué insulto, Teluria de mi vida! Después le invité á un duelo... ¡Ay! Ante el cadáver respiré gozoso. ¡Y qué noche pasé en coloquio con mi propia persona! ¡Qué terrible diálogo! Me justifiqué. Sí, yo, que también tengo conciencia, quizás más inexorable que la del resto de la humanidad, me hallé sin mancha. Horror, horror... Luego se casó Teluria conmigo. Fué un pacto de familia que no pudo romper la tragedia. No me atreví á mirarla cara á cara.

Mi pasión rompió en llanto aquella noche. Aquella noche destinada á tantas caricias. No tuve valor para resolverme contra su decisión. Marido y mujer para el mundo, nada más, hasta que me arrepintiese... ¿Arrepentirme? ¿De qué? ¿De ser hombre, de ser digno, (con opaco acento) de ser justo? Quisiera arre-

pentirme. ¡Puede tanto mi amor á Teluria!.. Pero aquí dentro brillan mis amarguras, esa sombra de mi pasado, tenaz y cruel. ¿De dónde vine? ¿De qué nido se me arrojó?.. No, no, Dios mío; no puedo arrepentirme. Cúmplase la voluntad de mi Teluria, perezca mi amor y yo abrasado en su fuego potente; pero no puedo abdicar de mi dignidad... Seré soberbio, duro, lo que quieran..., máldiganme. Tengo conmigo contraído un compromiso de honor. De honor, ¿lo oyen? Cuando me arrojaron en el muladar no le tenía; después le tuve que hacer con lágrimas mías y ajenas, con despojos de los demás, á costa de todos. Hoy tengo honor..., limpio, deslumbrado... (Desvariando.) Lo que no tienen muchos que nacieron en el ambiente legal de sus deudas y riquezas. Yo, yo... (Calmandose.) Teluria mía..., ¡cuánto te quiero! La mitad de mi vida es tuya. ¡Qué tormento dormir cerca de ti y no poder guardar tu sueño entre mis brazos! Abre los ojos, mírame como soy. No repugno, no mancho. Los desgraciados estamos exentos de muchas maldades aunque parezca que las tenemos todas. Quiéreme como desgraciado si no puedes soportarme como marido. Teluria, ¿me oyes? Compasión, compasión... Dispensa estas altiveces, estas brusquedades y extravagancias de mi carácter. Todo ello es producto del lugar sin equilibrio en que la sociedad me ha colocado, como un funámbulo sobre la cuerda floja de mis antecedentes sociales. Perdona este modo de ser. Yo tengo derecho á no parecerme á nadie. Compasión, Teluria. Te la pide el expósito..., el del muladar.»

* *

La noche y el mar se prolongaban silenciosos, arrullados en su vaivén de olas y estrellas, como dos enamorados que dormitan sonriéndose. Sobre cubierta se oía el paso acompasado de los tres ó cuatro marineros de cuarto. Rodas apareció dirigiéndose á su sitio habitual, solitario, sin otra luz que la del rutilante cielo. Allí quedó como ensimismado contemplando un punto que él solo veía. A su espalda se oyó un paso tenue. Teluria se acercaba.

— No puedo dormir, dijo. Estoy inquieta, nerviosa.

Se sentó al lado de su marido, que se quedó mirándola.

— Teluria, ¿en qué piensas?

— (Con suave voz.) En ti.

— (Transfigurado.) ¿En mí?..

¿Tú?

Y ocultó la cabeza entre las manos.

— Yo, sí, como siempre.

— Calla, Teluria.

— No quiero. Sabe que pienso en ti, porque te amo, y...

— Me amas, me amas... No me engañes, Teluria, porque me tiro al mar.

— Te quiero..., pero oye: ¿piensas en eso?

— (Bruscamente.) No.

— Entonces...

— Entonces no me amas, ¿verdad?.. Teluria, no me conoces, te empeñas en no conocerme. Y ello es fácil. Mi espíritu es transparente, no tiene sombras, no tiene manchas. Teluria, de aquí (señalándose el corazón), de aquí sale esto que digo. ¿Estimarás más acaso una palabra, una debilidad, que todo este edificio sombrío, pero gigante, de mi carácter?

- No hay tal edificio. Es castillo de naipes...

- ¡Oh, Teluria! Más insultos...

- Más verdades.

- (*Irguiéndose airado.*) No, eso no. Verdad es lo que yo digo; verdad sangrienta, amasada con pedazos de mis entrañas, con toda mi vida... No quisieron que fuera digno. No me importa. Lo quiero yo... Y lo he conseguido... A costa de alguien... ¡Qué remedio!

- Así piensas.

- Así.

- ¿No pesa sobre ti sangre alguna?

- Calla, Teluria.

- Contesta.

- Pues... no.

Levantóse Teluria dolorosamente contrahiendo el rostro. Rodas la cogió de una mano.

- No me dejes, Teluria. Oye la furiosa tempestad que dentro de mí ruga en esta noche plácida, pon tu mano en mi frente. Verás qué lumbre. Estoy deshecho, agonizante. No puedo callar más, Teluria mía. Te adoro, estoy hambriento de ti. ¿Por qué este abismo? Soy un miserable... No, no; soy más grande que los demás. Soy un coloso de la desgracia. Pídemelo todo, todo menos que abdicue de lo que he levantado llorando sangre... toda mi vida heroica, en lucha contra la befa y el desprecio. Desde lo alto, sobre el cadáver de quien flageló mi alma, no perdono, no olvido. Ello es justo, porque injustamente se me pisoteó... (*Más dulcemente, arrastrándose de rodillas.*) Teluria, tenme lástima, mírame, tiende tu mano. No me abandones, no me martirices más; perdona á este maldito sus represalias. Teluria, sabe que te quiero... ¿Me perdonas? Anda... Un beso, uno...; será el primero que tus labios me dan... ¡Dios mío! ¡Aún no sé á qué saben tus besos!... Teluria, por Dios, ¿me perdonas?

- A cambio de... eso. De otra suerte, no.

La faz del capitán se contrajo como la de un epiléptico, amoratándose bruscamente, y sus ojos se abrieron rojos, terribles, en las



ABUELITA, ¿QUIÉN SOY?, cuadro de C. Ce

dilatadas cuencas; soltó la mano de Teluria y se arrojó por encima de la borda al mar. Su mujer gritó, acudió la tripulación, se arrojaron cuerdas. Nada, nada... Cuando Teluria se convenció de que allí quedaba para siempre su marido, pálida y temblorosa, mandó arrodillarse á la marinería, bajo el cielo rutilante, y su voz, ahora fina y entrecortada, vibró en la calma de la noche:

- ¡Por el alma del pobre capitán!

Todas las cabezas se inclinaron con movimiento de unción, y un rumor de plegaria gimió entre las cuerdas del aparejo. Rayaba el día.

J. MENÉNDEZ AGUSTY

BOCETO

EL TRONCO

Cuéntase que le advirtieron al célebre Talleyrand, el hombre de las frases cáusticas, que un mariscal había hablado muy mal de él.

- «No es posible.

- »Dijo atrocidades de vos.

- »Entendisteis mal seguramente.

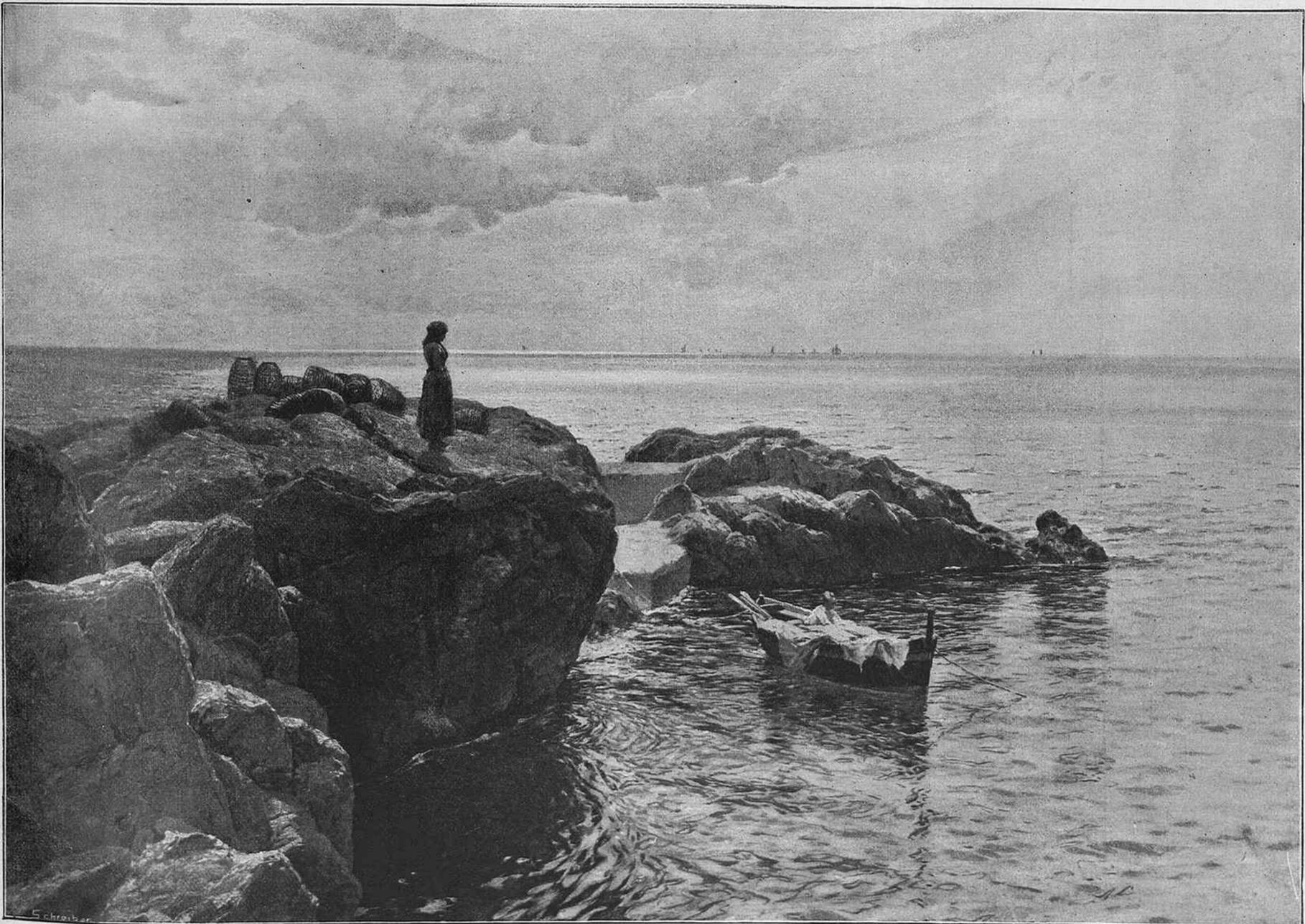
- »Pues dijo tales y tales palabras.

- »¡Es muy extraño que ese hombre hablase mal de mí! ¡No recuerdo haberle hecho favor alguno!»

Y cosa parecida también sucedió á un celoso confesor, que arreglando el último negocio á un opulento banquero, millonario, en su postrera apretura, le exhortaba á perdonar á sus enemigos..., á lo que le contestó muy entero y con mucha frescura: «Es inútil eso; no tengo enemigos: como nunca hice favores, estoy cierto que no puedo tenerlos.»

Esto podría parecer algo exagerado si la experiencia no lo comprobaba.

El desagradecimiento es más abundante que las hierbas nocivas: los ejemplares de los agradecidos son rarísimos: de lengua y buenas formas, muchos; de hecho y fina correspondencia, pocos.



En la isla de Capri, cuadro de Carlos Bohme

En los Estados Unidos, en los desunidos y en todos, se ha puesto muy en uso cotizar á los hombres, no por lo que valen como personas, sino por lo que tienen ó poseen como individuos..., y este absurdo en grado máximo es el absurdo que más priva.

La sociedad de poca cosa es dueña á un hombre inmensamente rico, egoísta, preocupado y dedicado á acumular riqueza, y que nada hace por sus semejantes, que muere con su estancado tesoro, y nadie saca provecho de él, siéndole á la humanidad infinitamente más útil aquel que pone á su servicio la riqueza de su saber y de su laboriosidad.

Por lo menos, aquéllos debieran devolver á la sociedad, á título de compensación, una parte proporcional de su riqueza, á los que le ayudaron á acapararla, que no fueron pocos, porque el hombre sin ayuda de vecino... y de muchos vecinos, muy poco puede hacer por sus propios puños.

Y eso de la riqueza es exactamente igual, por lo menos muy semejante, á la fama y la importancia de algunos: cada uno tiene sus grados de saber, de genio y de talento suyo propio, y representa, por ejemplo, cincuenta grados; pero si uno le añade diez, y otro cinco, y otro veinte, y otros y otros le acumulan más, resultará que aquel hombre sin comerlo ni beberlo se ha de encontrar gozando de ciento, doscientos ó quinientos grados que, no siendo suyos, necesariamente han de ser de fama de regalo y añadidura, de momio ó usurpada: porque nadie puede añadirle ni uno solo, ni quitarle siquiera medio. Lo mismo sucede con el rico: donde hay mucho, allá va más.

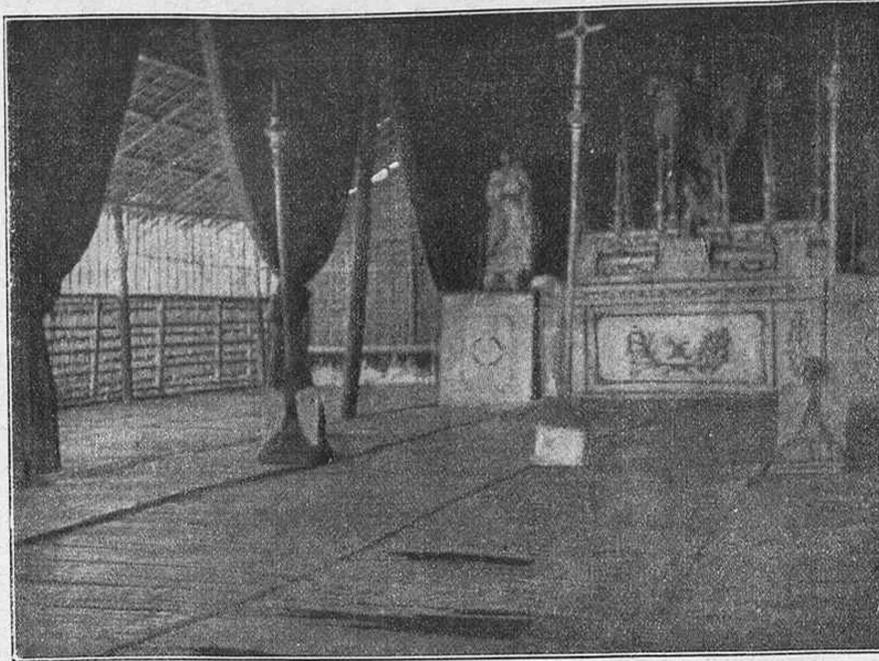
Cuando la sociedad se empeña en una tontería de esas, como es la de considerar á un hombre de vulgares alcances como de gran talento, por tal se le hace pasar, y cuando se empeña en negarlo á otro, el infeliz pasa por las horcas caudinas..., hasta que llega un día en que los dos entregan la carta... y cada cual se queda con lo suyo.

Dicen los sagrados libros que «la boca habla de lo que está lleno el corazón.» Y así también de lo que está lleno puede rebosar algo por la punta de la pluma.

El agradecimiento es una de las más hermosas

acciones, de los más bellos sentimientos del hombre..., y caer en el extremo contrario ha de resultar una de las más feas.

Pocos serían quizá los que ni á cien veces de cavilar en ello, acertasen en qué, ó con qué, ó de qué



ISLAS FILIPINAS. - CAVITE. - Capilla en donde Aguinaldo se proclamó presidente del gobierno revolucionario filipino

recibí yo un verdadero agradecimiento. Lo diré. ¡De un tronco!

Yo sembré el árbol, lo cuidé, creció, se hizo corpulento..., le quería, porque el hombre llega á encariñarse hasta con lo inanimado..., todo llega á formar parte de su vida. El árbol llegó á viejo: su tronco se carcomió: acabó por morir, y fué preciso cortarlo, antes que rama tras rama se viniese abajo. Durante su desarrollo y lozanía me daba fresca y grata sombra..., y después su tronco hecho astillas me daba lumbre y calor, chisporroteando en mi chimenea durante las frías noches de invierno.

Mirando transformarse aquellos restos en ceniza, dando calor á mis entumecidos miembros, parecíame que su chisporroteo me decía algo; casi creí que entablábamos una conversación, se me figuró que me decía algo parecido á esto:

«Yo te agradecí que me plantases y cuidases y

regases cuando me moría de sed: entonces te pagué tus cuidados proporcionándote sombra; envejecí, perdí mi lozanía, acabé como acaba todo, por secarme y pudrirme..., se me cortó; pero aún puedo prestarte otro buen servicio..., antes de desaparecer transformado en átomos de ceniza, llevados y esparcidos por el viento, devueltos á la madre tierra para ser otra cosa, antes de eso he podido demostrarte mi agradecimiento calentándote..., no puedes motejarme ni considerarme como desagradecido.»

Yo no sé si me quería decir esto: no sé si aquellas astillas dando pábulo á que las llamas las envolviesen y se enroscasen por ellas como serpientes de fuego..., no sé si me decían eso sus chasquidos, pero podían decirlo.

Y mirando con tristeza aquel tronco que se quemaba, consumía y desaparecía, como un amigo antiguo que de nosotros para siempre se separa, mirábalo con pena, viendo desaparecer con él muchos recuerdos. Y no pude menos de decir, como si pudiese comprenderme:

«No, tronco queridísimo, no has sido desagradecido: tu buena obra última es la mejor prueba que podías darme de tu agradecimiento. ¡Qué contraste tu buen servicio con la conducta de algunos, que cuando necesi-

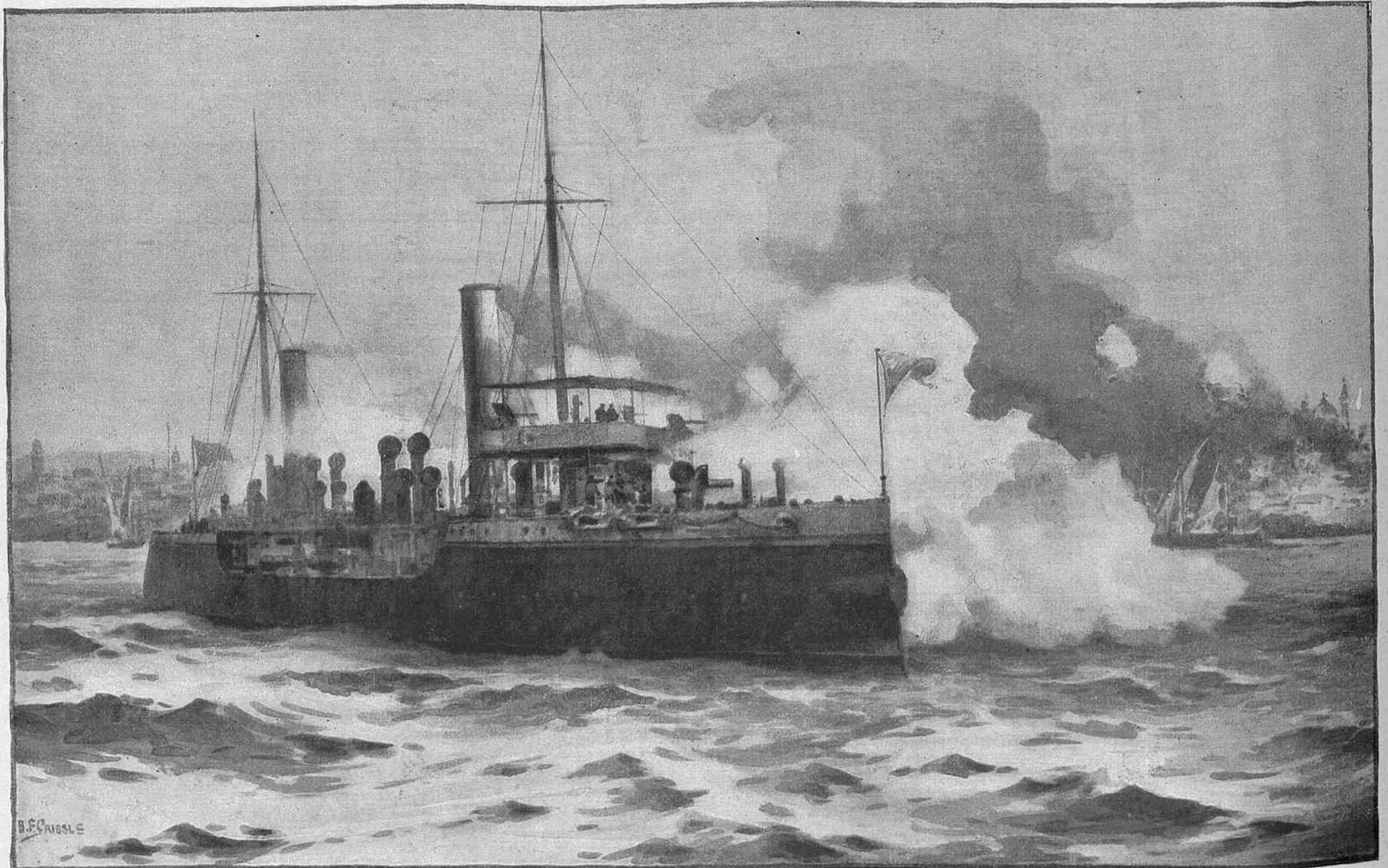
sitaron de mí me encontraron, y cuando yo necesité de ellos no los encontré.

»Y has de saber que de los hombres de quienes recibí más favores ó más atenciones, fué precisamente de aquellos á quienes no conocía, de los que apenas trataba, de aquellos que no tenían obligación alguna de atenderme: lo cual aumenta en proporción el doloroso desagradecimiento de los demás.

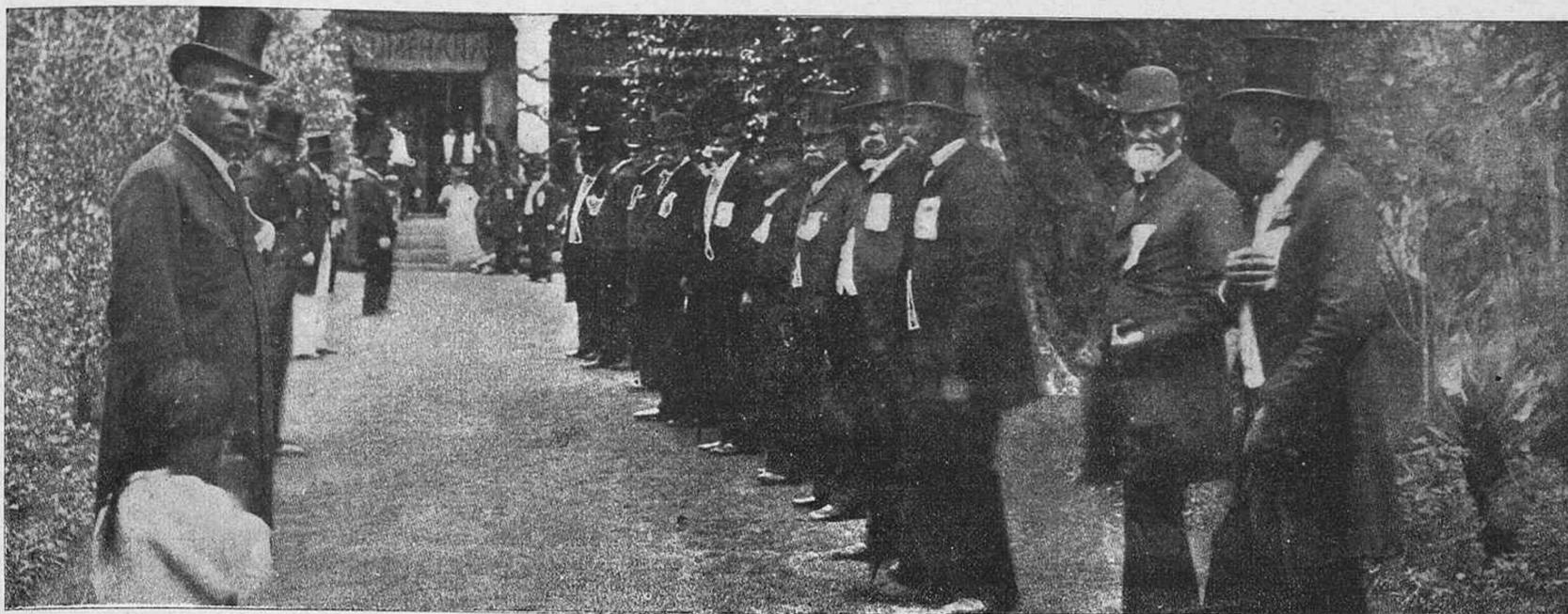
»¡Cuántos hombres por quienes trabajé y me desví, á quienes ayudé á subir, á quienes proporcioné y dí lo que en mi mano estaba poder darles me volvieron luego la espalda y me pagaron mal por bien! ¡Ni siquiera supieron ser agradecidos con lo poco que podían hacer..., no causarme daño!!

»¡¡¡Eres un tronco que vales más que tales hombres!!!»

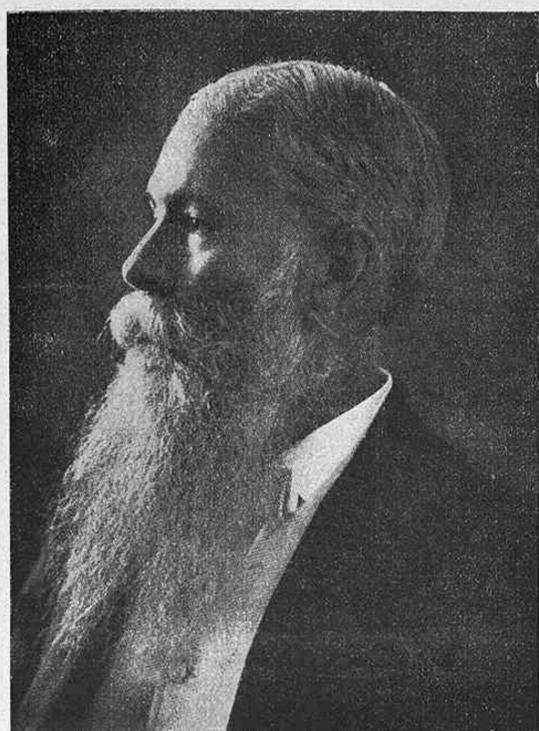
JUAN O-NEILL



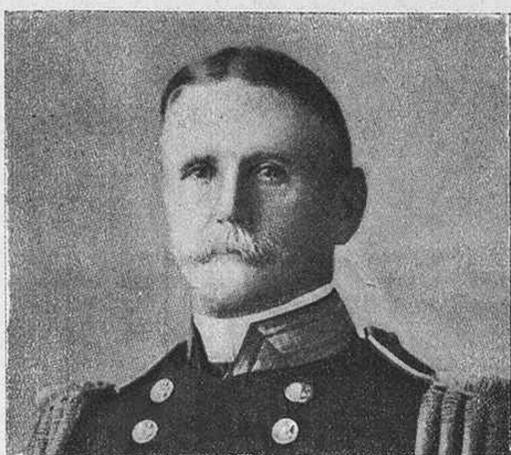
LOS RECIENTES DISTURBIOS EN CRETA. - BOMBARDEO DE CANDÍA POR EL BUQUE INGLÉS «HAZARD,» dibujo de B. F. Gribble



COMISIÓN DE INDÍGENAS PARA RECIBIR Á LOS INVITADOS AL PALACIO EJECUTIVO



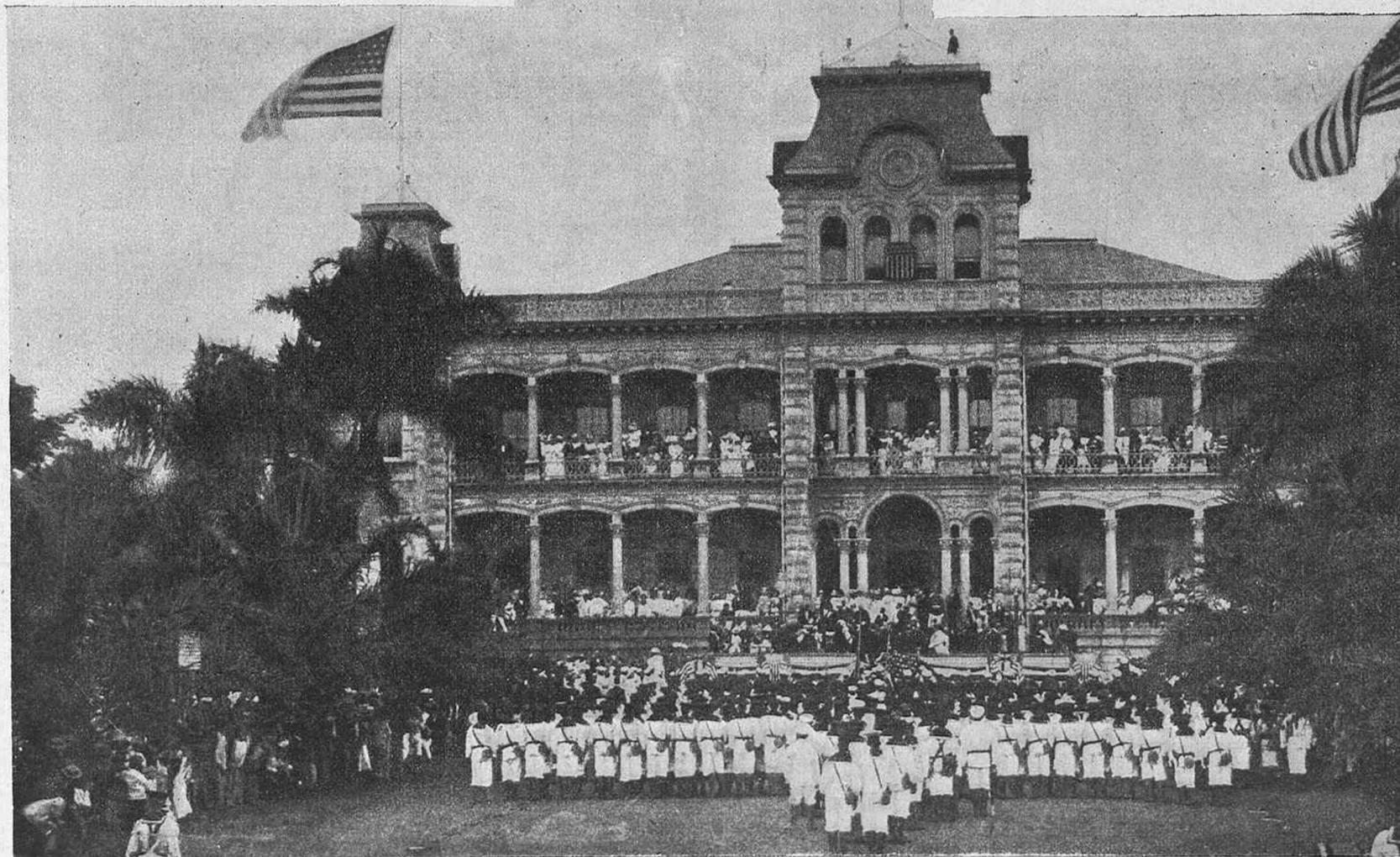
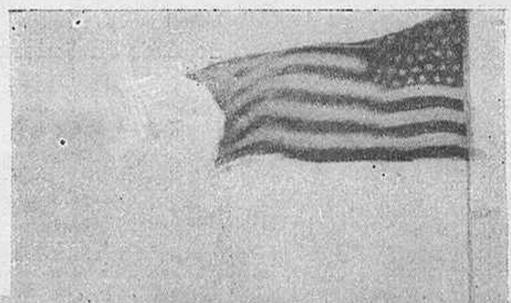
SANFORD B. DOLE, difunto presidente de Hawai



El almirante MILLER, representante de los Estados Unidos



Marineros yankis llevando la bandera al palacio

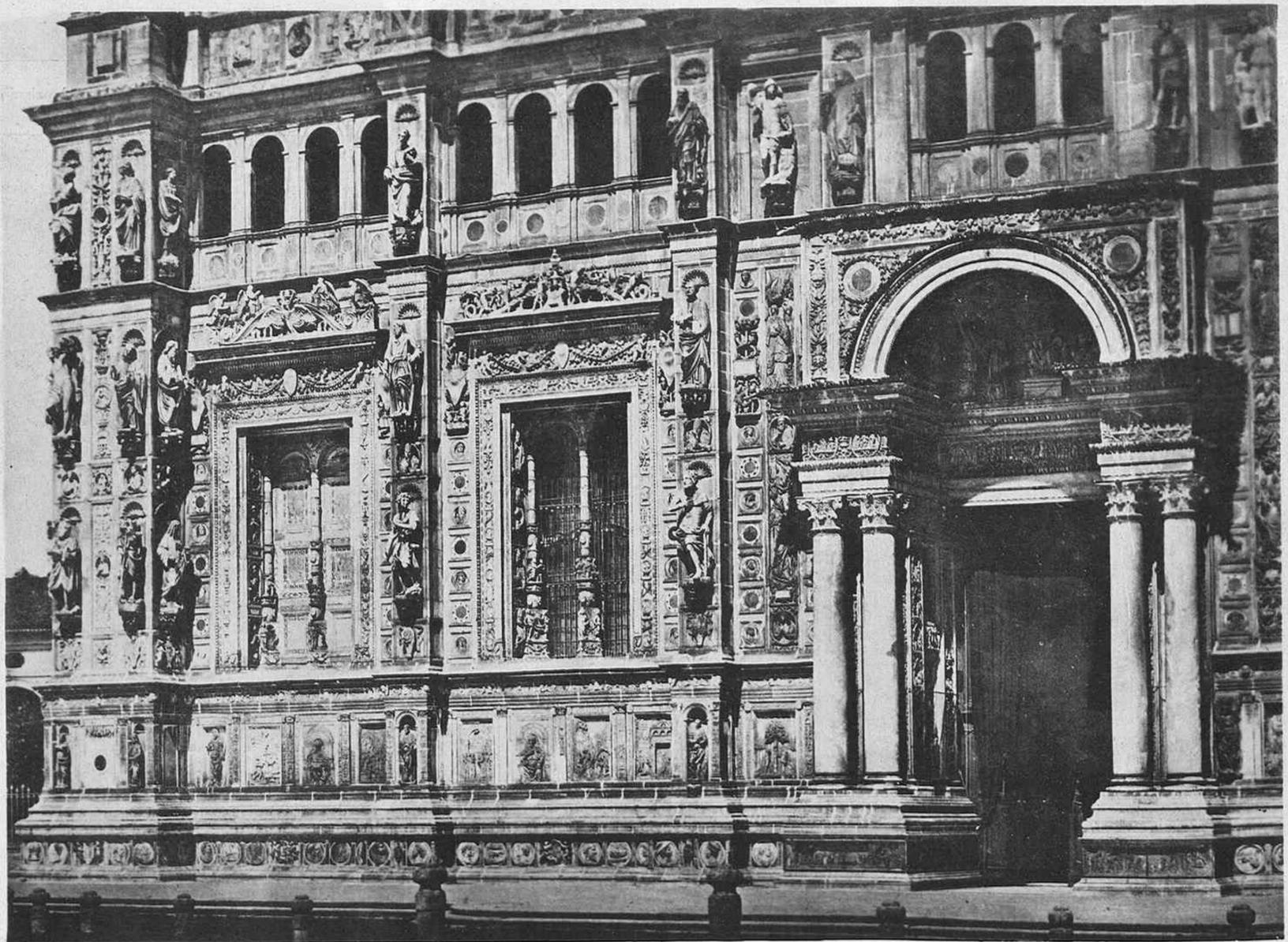


VISTA DEL PALACIO EJECUTIVO DESPUÉS DE HABER SIDO IZADA EN ÉL LA BANDERA NORTEAMERICANA

ANEXIÓN DE LAS ISLAS HAWAI Á LOS ESTADOS UNIDOS. - Acto de la toma de posesión en 12 de agosto de 1898 (Véase el artículo de la pág. 650)



Iglesia de San Francisco de Asis en Palermo



La Cartuja de Pavia. Extremo de la fachada



UNA BELLEZA DE ANTAÑO, dibujo de José Llovera

NUESTROS GRABADOS

La decoración de «Dejanire» en las Arenas de Beziere.— En el grandioso circo de la ciudad de Beziere se ha llevado recientemente á cabo un interesante experimento artístico, la representación al aire libre de *Dejanire*, tragedia en cuatro actos de Luis Gallet, inspirada en las obras de Sófocles y de Séneca, con coros, intermedios y bailables de Saint-Saens. La parte dramática fué interpretada por los artistas del Odeón, de París, los señores Dorival y Dauvilliers y las señoras Segond-Weter, Cora Laparcerie y Odette de Fehl. La señorita Jane Rabuteau, del mismo teatro, recitó un prólogo de circunstancias. El eminente compositor dirigió personalmente la obra, cuyos solos fueron ejecutados por el tenor Duc y la tiple Armanda Bourgeois, de la Opera.

La parte instrumental fué confiada á una orquesta de arpas y violines y á dos bandas de música, una de ellas la Municipal de Barcelona. En el escenario se dispuso una hermosa decoración de Jambon, de 4.000 metros de superficie, que representaba en primer término los pórticos del palacio, en el fondo el ara levantada entre árboles y en último término la ciudad de Oechalia y la lejana perspectiva de las montañas.

El éxito de aquel espectáculo fué completo: diez mil espectadores aclamaron con entusiasmo á los autores de la obra y á cuantos en la interpretación de ésta tomaron parte. El comité de los festejos de Beziere, presidido por M. Castelbon de Beauhostes, puede estar plenamente satisfecho del resultado de su feliz iniciativa.

Al pie de la reja, cuadro de J. Vila Prades (Salón París).— El cuadro que reproducimos, uno de los más bellos del distinguido pintor valenciano Sr. Vila Prades, revela desde luego las recomendables aptitudes de su autor, que al igual de otros artistas meritorios de la ciudad del Turia dedícanse, con singular acierto, á reproducir en el lienzo los tipos y los cuadros de costumbres del país en que nacieron, embelleciendo sus obras con la hermosa gama distintiva de la escuela en que militan. Cierta es que por su brillantez de tonos los típicos trajes valencianos préstanse á formar bellas combinaciones; mas para que el conjunto no resulte inarmónico, precisa acierto y aptitudes para fijar en el lienzo sus vivos colores, y estos escollos, ya que tales son para el artista, los ha vencido el autor del cuadro á que nos referimos.

El asunto escogido por el pintor valenciano es de carácter popular, representando á varios mozos dando una serenata al pie de la reja de la casa de la novia de uno de ellos, resultando las figuras trazadas con vigor y valentía y perfectamente entendida la composición.

No en balde goza el Sr. Vila Prades de merecida fama y de la consideración á que le dan derecho su laboriosidad, aptitudes y méritos contraídos en varias exposiciones.

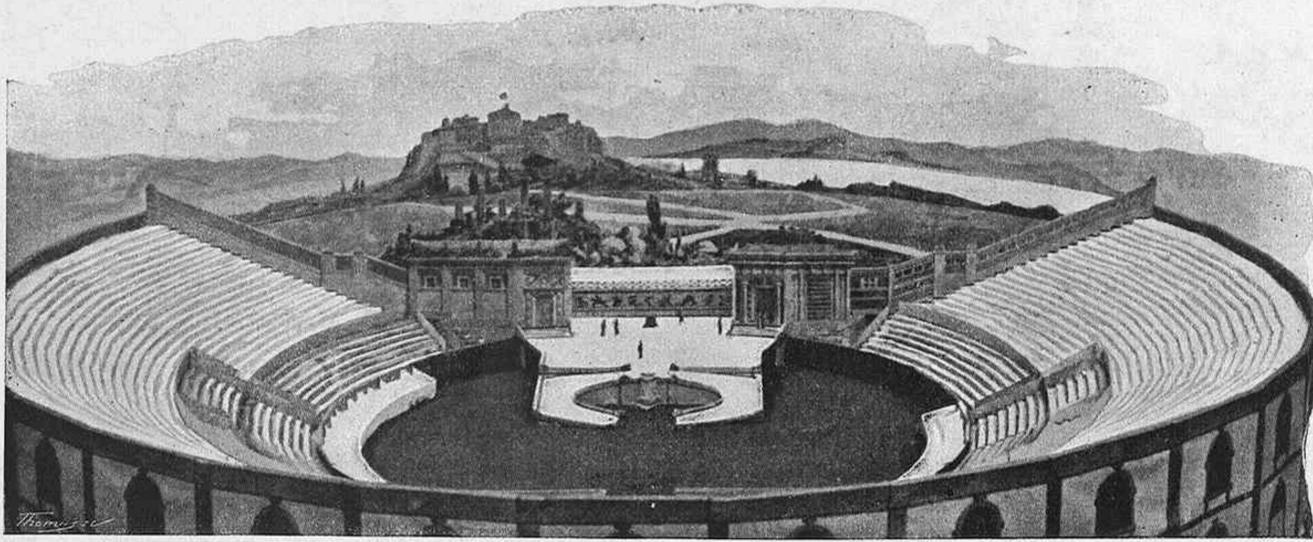


El eminente literato alemán TEODORO FONTANE, fallecido en 20 de septiembre último

Teodoro Fontane.—El ilustre literato recientemente fallecido en Berlín era una de las más salientes personalidades literarias de Alemania y de las que más contribuyeron á implantar el realismo de buena ley en aquella literatura. Nació en Neuruppin en 1819 y fué en su juventud farmacéutico, profesión que abandonó para dedicarse al cultivo de las letras, entrando á formar parte de la redacción de importantes diarios berlineses. En 1874 fué nombrado secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes, cargo que renunció al año siguiente. Escribió una colección de *Poesías* y otra de *Baladas*, ambas inspiradas por su estancia en Inglaterra, en donde permaneció algunos años durante su juventud, y varias novelas. Es también autor de notables obras de crítica artística é histórica, entre las cuales merecen especial mención su *Estudio sobre el arte inglés*, *Más allá del Tweed*, *Guerra del Schleswig*, *Guerra contra Austria durante la ocupación y Guerra contra Francia*.

Vendedora de flores en Venecia, cuadro de Esteban Novo.—El asunto de este cuadro ha sido tratado mil veces, y sin embargo resulta siempre agradable, porque contiene elementos que, combínense como se quiera, han de

formar un todo esencialmente bello, á poco que el artista domine la técnica del arte. Y si el pintor encargado de desarrollarlo tiene el talento y la habilidad que caracterizan al autor de este lienzo, no es extraño que la vendedora de flores vene-



DECORACIÓN DE «DEJANIRE», obra de Gallet y Saint Saens recientemente representada en las Arenas de Beziere

ciana se ofrezca á nuestros ojos tan encantadora y que la composición sobre la cual destaca su hermoso tipo reúna tantos atractivos.

Mme. Paulmier. M. Luis Olivier.—El apasionamiento por el asunto Dreyfus ha llegado en Francia al último extremo: los periódicos nos dan cuenta diariamente de agresiones, disturbios, escándalos que amenazan gravemente la tranquilidad de la vecina república. Entre los sucesos de este género que mayor sensación han producido figura el atentado de Mme. Paulmier contra M. Luis Olivier; el diario revisionista parisiense *La Lanterne* publicó un artículo injurioso para el diputado por Calvados M. Paulmier, por haber éste escrito al ministro de la Guerra pidiéndole que hiciera cesar la campaña de difamación contra el ejército emprendida por una parte de la prensa. En dicho artículo se injuriaba también á la esposa de dicho señor, la cual, en ausencia de su marido, quiso tomar por sí misma venganza del ultraje á su honor inferido. A este efecto presentose en la redacción de aquel periódico, y no habiendo encontrado al autor de aquel trabajo, disparó un revólver contra el secretario de *La Lanterne*, hiriéndole gravemente. Mme. Paulmier fué detenida, pero á los pocos días fué puesta en libertad provisional: en cuanto á M. Olivier encuéntrase bastante mejorado de sus heridas. Por su parte, M. Paulmier se ha batido con el autor del artículo, M. Millebrand, habiendo resultado heridos ambos combatientes.

Abuelita, ¿quién soy?, cuadro de C. Cei.— Modelo de naturalidad y de gracia es el cuadro del notable pintor florentino C. Cei: tanto la figura del chiquillo que interrumpe en su labor á la abuela, cuanto la de la anciana, que no puede menos de reirse de la cándida pregunta de su nieto, están tratadas de mano maestra. Contemplando ese grupo asoma involuntariamente la sonrisa á nuestros labios, pues nos parece estar en presencia de dos personajes de carne y hueso sorprendidos en un momento de cariñosa intimidad; y este es el mejor triunfo á que puede aspirar un artista, conseguir que sus obras produzcan la impresión de la realidad viviente.

En la isla de Capri, cuadro de Carlos Bohme.—La isla de Capri ofrece grandes contrastes: de un lado los abruptos acantilados con sus misteriosas grutas y de otro las playas suaves que besan mansamente las olas. Bafiada por un sol espléndido y cubierta de una vegetación, si no abundante, con todos los encantos de la flora meridional, ha sido siempre fuente de inspiración para los artistas, los cuales han encontrado en ella abundantes temas para sus composiciones. El reputado pintor alemán Carlos Bohme, seducido por sus bellezas, ha logrado imprimir en el lienzo que reproducimos toda la poesía del hermoso mar tirreno que la rodea, dejando al mismo tiempo adivinar las grandiosidades naturales de la famosa isla.

Iglesia donde Aguinaldo se proclamó presidente del gobierno revolucionario filipino.—Como dato curioso de información reproducimos esta fotografía de la iglesia en donde el cabecilla Aguinaldo por sí y ante sí se adjudicó la presidencia del pretendido gobierno revolucionario. No haremos sobre este hecho comentario alguno, pues por sí solo se comenta, y porque á estas horas ya se habrán convencido los rebeldes tagalos de que, sea cual fuere la solución que respecto del porvenir del archipiélago se consigne en el tratado de paz que se está negociando en París, la independencia de Filipinas no será por mucho tiempo más que un sueño irrealizable.

Los recientes disturbios en Creta.—El día 6 de septiembre último estalló en Candía un sangriento motín que costó la vida á algunos centenares de cristianos y cuyas causas se explican del modo siguiente. Cuando en dicho día los funcionarios militares ingleses por orden de los almirantes de

las potencias tomaron posesión de la Aduana, reuniéronse delante de ésta numerosos grupos de mahometanos que en actitud hostil protestaban contra la exacción de ciertos derechos recientemente impuestos. Disueltos por orden del subgobernador Edem-bajá, produjose una colisión entre musulmanes y cristianos, incendiando aquéllos multitud de casas y almacenes pertenecientes á éstos. En vista de tal estado de cosas, algunos cristianos y los soldados ingleses, escoltados por fuerzas turcas, embarcaron en los buques que las potencias tienen en aquellas aguas, y uno de los cuales, el inglés *Hazard*, bombardeó la ciudad. Como consecuencia de todo esto, las potencias han reforzado sus escuadras y aumentado sus fuerzas de tierra.

La iglesia de San Francisco de Asís en Palermo.—La ciudad de Palermo es rica en monumentos de la Edad media y de la

época del Renacimiento, puesto que romanos y sarracenos, normandos y españoles dejaron allí huellas, aún visibles, de su paso: entre estos monumentos figura como uno de los más curiosos la iglesia de San Francisco de Asís que reproducimos, y que, á juzgar por algunas inscripciones árabes que se ven en las columnas de la entrada principal, se cree que fué mezquita.



Mme. PAULMIER, que hirió gravemente á Mr. Luis Olivier



Mr. LUIS OLIVIER, secretario de *La Lanterne* herido por Mme. Paulmier

La Cartuja de Pavia.—Este monumento, una de las obras arquitectónicas más curiosas de Italia y quizás el convento más suntuoso de cuantos en el mundo existen, está situado á unos ocho kilómetros de la ciudad de Pavia y fué fundado en 1396 por Juan Galeas Visconti, en expiación del asesinato de su tío Barnabo y de sus primos. La fachada, uno de cuyos fragmentos reproducimos, es, como ha dicho una eminente escritora francesa, «una joya arquitectónica tan rica en su conjunto y en sus detalles, tan atrevida y tan caprichosa, que al contemplarla se cree uno en presencia de una aparición fantástica.» Adornada con sesenta estatuas de santos, sesenta medallones de emperadores y reyes, multitud de relieves que reproducen pasajes de la escritura y con infinidad de arabescos y candelabros en forma de esbeltas columnas, todo de mármol blanco, el efecto que produce es verdaderamente maravilloso. El arquitecto autor de esta fachada es Ambrosio da Fossano.

Una bella de antaño, dibujo original de José Llovera.—Varias y repetidas veces hemos tributado en estas páginas un cariñoso recuerdo al malogrado pintor reusense José Llovera, agostada su laboriosa existencia cuando tantos y tan hermosos frutos podía producir, y varias veces también han podido nuestros lectores celebrar algunas de sus geniales producciones y observar la variedad de sus aptitudes. De ahí que hoy, al reproducir uno de sus más bellos dibujos, que conserva su señor hermano D. Arturo, nos limitemos á llamar la atención respecto del mérito de la obra, que pertenece precisamente al género que cultivó el artista con singular éxito y al que debe en gran parte su popularidad y la fama que alcanzara. Sus tipos de antaño, y especialmente de las *manolas*, no la procaz y libidinosa *chula*, han sido reproducidos en todos los procedimientos. Todos ellos parecen ser trasuntos fidelísimos de las bellas de la época de nuestros abuelos, mezcla inexplicable de energía y belleza, de libertad y sentimiento.

Estudio de Fra Bartolomeo.—Fra Bartolomeo, el célebre pintor de la escuela florentina, nació en Savignano en 1469, fué discípulo de Roselli y estudió en Roma las obras de Rafael y Miguel Angel. El juicio acerca de este artista lo ha hecho un crítico moderno en los siguientes términos: «Es un alma profundamente religiosa que inspira á un talento dócil, inspiración siempre elevada, pero traicionada á veces por la influencia de genios muy parecidos.» Sus obras se encuentran en casi todos los museos de Europa: entre ellas merecen especial mención *La salutación angélica*, *Job é Isaias*, *San Marcos*, *Cristo en la tumba*, *Cristo resucitado*, *La presentación en el templo*, una *Sacra familia*, un *San Juan* y un *San Andrés*. Los estudios que en la última página reproducimos fueron hechos para un cuadro que representa á la Virgen con San Juan niño en brazos y son del primer período del artista.



Un postrer beso respetuoso en la frente...; y Fernando se alejó

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En aquel momento entró un criado y dejó sobre la mesa cartas y periódicos, haciendo que se diera á la conversación un giro menos fúnebre.

— Carlota, antes de marcharse tenga usted la bondad de abrir esas cartas.

Descargaba en ella cada día más el fastidio de leer su correspondencia, sabiendo que era tan servicial como discreta. Abría las cartas, indicaba su procedencia, leía la firma y aguardaba órdenes.

— Esta es de Pontarlier, dijo Carlota al abrir una de ellas, y está firmada «tía Fournerón.» ¿Quiere usted que se la lea?

— ¡De mi buena tía Fournerón! Sí, léala usted.

Pero pensaba en Bertranda. Había visto muchos enfermos del pecho. ¿Estaría en efecto atacada de tan terrible enfermedad? ¿No exageraría la gravedad de su estado?

Carlota dió principio á su lectura con su gruesa voz germánica de inflexiones guturales. Por lo común, divertían mucho á Fernando ciertas dificultades de su pronunciación que jamás había podido vencer y algunas sílabas que nunca llegaba á decir correctamente; pero entonces, desde las primeras páginas, dió un salto en su sillón, tiró el cigarro, y con una brusquedad que la aterró, le arrancó la carta de las manos.

— ¡Los Minoret en quiebra! ¿Ha leído usted bien?

Buscó con la vista este nombre, se mordió los labios y dió una patada en el suelo.

— Es cierto... No hay un momento que perder; es preciso marchar á Pontarlier inmediatamente.

Era tan expresivo su trastorno, que el aya comprendió lo que le pasaba y le miró aterrada. En sus absurdos ensueños se había forjado tantas veces aquella escena, aquella ruina imprevista y repentina. Se realizaba la primera parte del programa; pero ¿en qué pensaba el tío de América de quien debía ser heredera universal, que no se apresuraba á darse á conocer y á morir? Y si no moría, ¿qué podía ella decir ni hacer? No tenía nada en el mundo más que una casita en Bohemia; en cambio poseía un corazón leal, tesoro inapreciable, que ningún depositario

puede robar; mas para ofrecerle se requiere una palabra, un ademán, una mirada, algún estímulo. Carlota aguardaba, esperaba tímida, ansiosa, levantando hacia él sus afectuosos ojos salientes.

Mas ¡ay! que él no la miraba: leía y releía la carta febril, rabiosamente y fruncido el ceño, saliendo de vez en cuando algunas exclamaciones iracundas de sus labios. La quiebra, sin ser absolutamente cierta, era por desgracia muy de temer. Las personas cautas retiraban sus capitales; habían llegado á la señora Fournerón algunos avisos que ella creía de buen origen, y consideraba como un deber imperioso de pariente y de amiga comunicárselos á su sobrino. No sabía con exactitud cuál era la cantidad depositada por él en aquella casa; quizás se alarmaba sin fundamento; en todo caso, no debía ver en el paso que daba más que una prueba de su interés. Pero se decía que la catástrofe era inminente, y por esta razón, sin perder tiempo en adquirir informes más amplios, le escribía, dejando á su arbitrio la determinación que juzgara más conveniente.

— Vamos, dijo Fernando, vamos, es preciso partir y lo más pronto posible. Mañana á primera hora. Un día de retraso sería un crimen; allí está depositada la pequeña fortuna que Elena dejó á su hija.

Pero de pronto sintió su corazón como desgarrado por una tristeza aguda.

— ¡Estaba tan contento aquí! ¡He pasado horas tan dulces! ¡Ah, Carlota! ¿Qué será de nuestra pobre amiga sin nosotros?

La alemana juntó sus manos carnosas y exclamó: — ¡Oh magnanimidad de un gran corazón! En medio del desastre de su fortuna no piensa más que en la amiga de su humilde aya.

— Al menos, añadió Fernando sin escucharla, quiero pasar con ella este último día. Quiero notificarle yo mismo, con todos los miramientos que el estado de su salud exige, esa separación absolutamente necesaria, pero que, según espero, no será de larga duración. Cuidese usted de los embalajes, Carlota, y haga cerrar la casa.

Dióle algunas órdenes, que ella escuchó con su

deferencia ordinaria, aunque no pudo menos de sentir cierta decepción. No la había llamado su ángel consolador, ni mirado siquiera. ¡Cómo se habría atrevido á ofrecerle su casita de Bohemia!

Cuando Lila oyó estas palabras mágicas: «Nos marchamos mañana,» dió un grito de alegría que resonó en toda la casa, y luego se precipitó loca de contento en brazos de su padre.

— ¡Qué dicha, papá, qué dicha!

— No, pobre hija mía, no es una dicha; al contrario, un gran disgusto, una pérdida de dinero.

La niña meneó la cabeza de un modo que significaba que todas las pérdidas de dinero no podían acibarar aquella dicha. Pero como acababa de marchar á Carlota saltando á su alrededor como una cabrita silvestre, el pintor temió por los mármoles preciosos, las estatuas delicadas y las bellas porcelanas esparcidas por el taller.

— Lo mejor será que yo mismo embale todos esos objetos antes de salir, dijo.

Puso manos á la obra y ellas le ayudaron; pero las gruesas manos de Carlota temblaban de tal modo que dejaron caer una copa de porcelana de Sajonia que se rompió. El pintor reprimió una exclamación de impaciencia y dijo con sequedad:

— Haga usted el favor de ocuparse de otros embalajes, Carlota; Lila podrá encargarse de estos.

Y lo cierto era que la niña se mostraba diestra y cuidadosa; en el exceso de su alegría, lo tocaba todo y no rompía nada.

La pobre Carlota, llena de congoja, había subido á su cuarto, donde amontonaba con mano febril sus mejores ropas, mientras le caían lagrimones por sus abultados carrillos.

— Es verdad que he cometido una torpeza, dijo; ¡pero tengo tanto sentimiento; separarme de mi noble amiga en el momento en que el fatal oráculo le ha dicho que ya no vería amarillear las hojas de los bosques del otoño, y saber que mi generoso señor se ha arruinado por culpa de un depositario infiel, y no poder hacer nada en su obsequio!.

De pronto, una esperanza enjugó sus lágrimas.

— ¿Quién sabe?, dijo. Tal vez *ella* esté *allí* aguardándome. No puedo marcharme sin cerciorarme de ello. Iré mientras Lila y el digno Sr. Duvernoy acaban el embalaje del taller.

Se puso un sombrero, sin casi tomarse el tiempo necesario para sujetarlo en la cabeza, y echó á andar á toda prisa. *Allí* era la lista del correo. Una de las inocentes manías de Carlota consistía en ir una vez al mes á la administración con la esperanza inveterada y persistente de que había de encontrar algo.

Le latía con fuerza el corazón cuando hizo la acostumbrada pregunta; en vista de la respuesta negativa que le dieron, salió cabizbaja, y regresó lentamente, abrumada por aquella decepción. Estaba visto: no podía hacer nada por aquellos á quienes tanto amaba: la suerte y el tío de América se mostraban sobrado crueles.

Al subir la escalera, le extrañó no oír el ruido de los martillazos al clavar las cajas, ni los gritos de alegría de la niña. El taller estaba vacío lo propio que el resto de la casa, á excepción de la cocina, donde los criados hablaban.

— ¿Ha salido el Sr. Duvernoy?, les preguntó.

— Sí, señorita.

— ¿Y la señorita Lila?

— Se ha ido con el señor.

«Habrán ido á hacer algunas compras, pensó Carlota, y volverán pronto.»

Tuvo intención de correr á casa de la princesa, mas no se atrevió á abandonar su puesto y se resignó á esperar; pero aguardó largo tiempo.

IX

Como el pintor tenía prisa para ir á casa de su amiga, procedió con toda actividad á embalar los objetos del taller.

— ¡Ea, ya hemos terminado nuestra tarea, hija mía!, dijo á Lila; ahora vete con Carlota, porque tengo que salir.

Le dió un beso en la frente, la despidió con un

ademán, y luego, con la actitud de un hombre que tiene contados los momentos de felicidad, se encaminó al chalet. Se había propuesto dar la desagradable noticia á la pobre enferma con los mayores miramientos; quería prepararla para tan rudo golpe con protestas de eterna adhesión; pero no había contado con la huésped, es decir, con el don adivinatorio que Bertranda poseía de leer en el fondo de su corazón. Aún no hacía cinco minutos que estaba sentado á su lado, cuando ella le decía:

— Me oculta usted algo; ¿qué ha sucedido?

Olvidando los miramientos y las precauciones oratorias, le contestó:

— Una cosa horrible, amiga mía; que me marcho mañana.

Bertranda se levantó, pálida, estremecida, temiendo que el pintor hubiese averiguado la verdad de su pasado.

— Acabo de recibir una carta en la que me dicen...

— ¿Qué?, preguntó con ansiedad dando al olvido su habitual prudencia.

— Que los Minoret...

— ¿Y quiénes son los Minoret?

— Que los Minoret, dueños de la principal casa del país, banqueros de padres á hijos desde hace tres generaciones, están á punto de quebrar. Nadie podía creer en semejante catástrofe. ¿De quién podrá uno fiarse?

Bertranda le miró de hito en hito, todavía con desconfianza; pero él sostuvo aquella mirada investigadora con la calma de una conciencia pura, desolado verdaderamente por tener que separarse de ella.

— Pero volveré, se lo juro á usted, querida amiga.

Ella le alargó una mano que él tomó, se la besó, y como ella no la retirara, la conservó entre las suyas.

— ¿Son exactos los informes que ha recibido usted?, le preguntó Bertranda.

— ¡Ah! Si tuvieran otro origen podría dudar; pero mi tía Fourneron es la mujer mejor informada del mundo.

— ¿Está usted seguro de que su tía no tiene ningún interés en hacerle regresar á Pontarlier?

— ¿Qué interés puede tener?, contestó el pintor con sincera extrañeza. ¿Por qué ha de desear mi regreso?

— ¿Quién sabe?, dijo Bertranda.

Pero sintió un recelo de otro género y preguntó:

— ¿Ha depositado usted efectivamente en esa casa de banca capitales importantes?

— Toda la fortuna personal de Lila y algunas cantidades más. Yo consideraba á los Minoret de una solidez á toda prueba. Confieso que por mi parte ha habido un poco de imprudencia. Absorbido por mi aflicción, no he tenido ánimo para ocuparme de esas cuestiones de dinero; usted que comprende tan bien todo cuanto tiene relación con el corazón, comprenderá perfectamente lo que me ha sucedido.

Bertranda le miró con cierta dureza que él no advirtió. Aquella mujer sentía entonces una cólera sorda contra Fernando y su dolor. ¿Qué importaba que la amara si estaba arruinado?

— Puesto que se trata de la fortuna de Lila, dijo, no puede demorarse la partida, por dolorosa que sea.

Aquella vez le presentó sus dos manos, y como él estaba muy conmovido, la estrechó contra su corazón, sin que ella se opusiera. Respetuosa, casi religiosamente, imprimió un beso en la frente que le presentaba Bertranda, la cual apoyó luego la cabeza en su hombro, diciéndole con acento triste y dulce:

— ¡Ah, único amigo mío! ¿Qué va á ser de mí sin usted? No puede usted comprender cuán benéfica ha sido su presencia para esta pobre mujer abandonada que se morirá, de seguro, si no ha de volver á verle.

— Es que volveré, exclamó el pintor. Me bastarán ocho días para arreglar este asunto. Dejaré á Lila con mi familia y con su aya y volveré al lado de usted.

— ¡Qué bueno es usted!, dijo Bertranda con voz conmovida.

Fernando quiso protestar de esta calificación de bondad; pero ella le tapó la boca con su manecita.

— Sí, es usted muy bueno, y voy á solicitar otra prueba de esa bondad. Prométame usted, júreme que si por alguna circunstancia me viese obligada á marchar de este país, en el que tan dichosa he sido gracias á usted, vendrá usted cuando le llame, vendrá á despedirse de mí.

Y en voz más baja añadió:

— A darme el último adiós.

Siempre las hojas de otoño, siempre las confidencias de Lolota. ¿Estaba verdaderamente tan enferma? Fernando sentía por ella una compasión indecible.

— Volveré, se lo juro á usted; pero no será para darle un triste adiós, sino para regocijarnos con mi vuelta.

— Otra súplica que será la última, amigo mío. Usted, que comprende tan bien todas las delicadezas del alma, aprobará sin duda el sentimiento á que obedecen mis palabras. Ya sabe usted que la amistad, como el amor, tiene su pudor y sus celos, y por esto le pido con las más vivas instancias que no hable nunca de mí á sus amigos, á sus parientes, ni de viva voz ni por escrito. No haga usted ninguna alusión á la pobre mujer á quien ha deparado usted un auxilio tan poderoso. Sé con cuánta facilidad se muestran hostiles á toda intrusión extraña en las pequeñas poblaciones, y procurarían apartar á usted de esta desconocida que no estaría allí para defenderse. Bien sé también que su generoso corazón rechazaría semejantes ataques, pero no por eso dejarían de lastimarle.

Al decir esto no había soltado sus manos; las apretaba con una presión suave, pero autoritaria, como si quisiera que en él penetrase el ardor de su voluntad.

— Haré lo que usted desea, dijo Fernando. No hablaré de usted por más que para mí sea una gran privación, y aunque no habría permitido á nadie ofenderla á usted con la menor sospecha. ¿Acaso no me consta que es usted la mejor y la más noble de las mujeres?

Un postrer beso respetuoso en la frente, un último apretón de manos, una última promesa, una última mirada, y Fernando se alejó, lleno de turbación.

Cualquiera que fuese su ceguera, había sido demasiado viva su emoción para que pudiera ilusionarse. Aquella emoción ardiente, intensa, la había sentido ya en otro tiempo cuando le tenía sujeto una implacable pasión antes de casarse. ¿Iba ahora á amar de un modo tan terrible á una pobre enferma, próxima á morir? ¿Iba á envilecer aquella alma reclamada por el cielo valiéndose de la intimidad que reinaba entre ellos? No podía poner en duda que Bertranda sentía por él un profundo afecto. ¿Acaso no acababa de dar á conocer sencillamente y sin fingida vergüenza el sentimiento que le causaba la partida de su amigo? Pero este afecto era casto, purificado por el sufrimiento. ¿Sería él capaz de tener el monstruoso egoísmo de importunar á una moribunda con lúbricos deseos? Además, si había de perderla en un plazo inmediato, ¿no valía más dejar de verla para que no fuese tan grande el dolor de su pérdida?

— Yo soy, pensaba cándidamente, de los que no se consuelan ni olvidan jamás.

Y sobre todo, creía que no podría volver á verla sin dar á conocer el secreto del deseo y del amor que suponía tan oculto.

Andaba con paso vacilante, embebido en tales pensamientos y con la cabeza inclinada sobre el pecho, cuando de pronto salió de una espesura inmediata una niña que se plantó delante de él.

— ¡Hola Lila!, ¿cómo es que estás aquí? ¿Hace mucho tiempo?, preguntó á su hija.

— Desde que has entrado allí, contestó la niña designando el chalet con su brazo rígidamente estirado.

Le extrañó desagradablemente tan prolongada espera, pues habían transcurrido más de dos horas. Estaba embarazado en presencia de su hija, como hombre sorprendido en flagrante delito de traición y procuró dar otro giro á la conversación.

— ¿Has olvidado que marchamos mañana á Pontarlier?, le preguntó.

— No, respondió Lila.

Y con voz temblorosa por efecto de la inquietud añadió:

— ¿También te la llevas?

— No, no me la llevo, contestó su padre con débil sonrisa.

Y como respondiendo á su pensamiento íntimo, prosiguió:

— Está demasiado enferma para marcharse de Lausana.

— Pues me alegro, contestó la niña.

Esta contestación le valió una severa filípica con motivo de su falta de caridad para con el prójimo, que escuchó con filosófica tranquilidad.

En cambio Carlota oyó consternada los reproches del Sr. Duvernoy.

— Si hubiese usted estado en casa, le dijo éste, Lila habría estado más vigilada.

Mas al ver el desconsuelo de la pobre aya añadió con más agrado:

— Vaya usted á despedirse de su amiga, que desea verla.

La última entrevista de las dos mujeres se redujo á un cambio de lamentaciones y de recomendaciones.

— Me escribirá usted, buena Carlota, le dijo Bertranda; me dirá usted si se ha podido remediar esa quiebra, y me tendrá al corriente de todo lo que se refiere á nuestro querido y buen amigo; si parece más triste y más desconsolado de lo que estaba aquí; me hablará usted de sus amigos, de los individuos de su familia, de esa tía Fourneron, de sus primas las Lezines y también...

Titubeó al llegar aquí.

— De ese joven cuñado á quien parece querer mucho, de Felipe de Aubián; y además, querida Lolota, hábleme usted mucho de sí misma, pues por largas que sean sus cartas no lo serán tanto como yo deseo.

Luego añadió, conforme había hecho ya con el pintor:

— La amistad, Carlota, tiene su pudor y sus celos. Prométame usted no pronunciar jamás mi nombre delante de esas personas indiferentes, en presencia de esa familia extraña que me sería hostil; bastante tengo con contar en Lila una enemiga. No quiero que se ligen todos contra mí.

— ¡Oh!, exclamó Carlota indignada. Nadie se permitirá... ¡Si la conociesen á usted! ¿Por qué no habrá usted de poder ir conmigo?

Y bajando la voz añadió:

— Si el digno Sr. Duvernoy cree algún día recomendar la abnegación de su fiel Carlota con el precioso don de su mano, dulce esperanza que abrigo en el corazón, habrá un cuarto en nuestra casa para mi noble amiga.

— Gracias, contestó Bertranda reprimiendo una sonrisa; agradezco en extremo ese cariño; pero déme la seguridad que le pido.

— No hablaré á nadie de mi querida princesa, por grandes que sean mis deseos de hacerlo.

X

Partieron al día siguiente: Carlota lloraba sin cuidarse de ocultar sus lágrimas: Lila estaba desasosegada como si temiera que su padre se escapase ó que su enemiga surgiera de improviso. No se tranquilizó hasta que llegaron cerca de Pontarlier. Allí ya, no solamente no había aparecido la enemiga, sino que el melancólico rostro de su padre iba iluminándose con tiernas sonrisas, al reconocer los sitios que le eran tan familiares y cuyos nombres iba diciendo á su hija.

La tía Fourneron, Santiago de Sommieres y las Lezines les aguardaban en la estación del ferrocarril, no sin alguna ansiedad.

— ¿Es seguro que vendrá? ¿No le retendrá ella?

Aglae de Lezines, penetrada de las escenas bíblicas, murmuraba con recelo:

— Debe ser una Dalila, y Dalila ¿no agarró á Sansón?

— Las mujeres de hoy día son más bien Dánaes que Dalilas, dijo Santiago de Sommieres. Las conozco mejor que tú, prima Aglae.

— Sea Dánae ó Dalila, replicó resueltamente la señora Fourneron, creo que no tendrá la desvergüenza de venir á tentarle á Pontarlier.

— Cierto que no, pero podrá no dejarle marchar de Lausana: pronto recibiremos un telegrama...

Llegó el tren á la estación, y entonces se desvanecieron los recelos. Fernando, asomado á la ventanilla, agitaba la mano, lleno de esa emoción del regreso que sigue á una larga ausencia. Apeóse del coche, abrazó á sus parientes con efusión y les presentó á su hija, que se había quedado detrás de él intimidada.

— La pequeña Lila, tía Fourneron: tu ahijada, Aglae. Me alegro mucho de volveros á ver á todos.

De pronto, pensó en aquella Elena á la que había llorado tanto, y aunque su sentimiento se hubiera disipado hacía tiempo, creyó sin embargo que estaba en el caso de hacer constar una vez más su inconsolable aflicción.

— ¡Ay, amigos míos! ¡No podía resolverme á volver; es para mí tan duro, tanto, no encontrarla aquí!

La Sra. Fourneron atajó bruscamente estos enterrecimientos.

— Te llevo conmigo, Fernando; he mandado que te preparen el almuerzo, que creo te gustará... No te cuides del equipaje; Santiago lo recogerá; ven conmigo, y tú también, Lila, y usted, señorita Carlota; almorzaremos todos juntos y vaciaremos á vuestro feliz regreso una botella de vino añejo de la Estrella.

Y se lo llevaba triunfante, abrumándole á preguntas sin aguardar muchas veces sus respuestas, no queriendo darle tiempo para reflexionar, recordar y entristecerse. Fernando adivinaba su intención y se la agradecía.

Cuando estuvo instalado en el comedor de la tía Fourneron, ante la mesa en que se habían servido

aquellos manjares de provincia que no había comido hacía tanto tiempo, Fernando se restregó las manos con satisfacción.

- ¡Qué bien se está en casa de usted, tía, dijo, y qué grata es la familia!

Después de terminado alegremente el almuerzo

reinaban el orden y la limpieza. Hacía dos días que la tía Fourneron pasaba inspecciones severas, y el taller sobre todo era la habitación que más cuidaba, pues sabía que su sobrino entraría en él desde luego. Parecía que el pintor no lo había abandonado; en un caballete había un lienzo empezado á pintar; por

- ¡Oh papá!, dijo. ¡Qué bonito está mi cuarto con sus ramos de lilas! Ven, papá, ven á verlo.

- Ya lo conozco, hija mía: como que lo he pintado yo.

- ¿Tú? ¡Cuánto me alegro! Pero de todos modos ven á verlo, ¿quieres?



Fernando, asomado á la ventanilla, agitaba la mano, lleno de esa emoción del regreso que sigue á una larga ausencia

bajo la impresión de la botella de vino añejo de la Estrella, acompañaron al pintor á su casa.

La tía Fourneron ya no hablaba tanto, conociendo que había ganado su causa y que era cuerdo no pecar de importuna.

- Te dejamos solo con tu hija, le dijo; volveremos después para asegurarnos de que no necesitáis nada para estar cómodamente.

Fernando entró en su casa. ¿Qué había sido de la emoción dolorosa tan temida?.. Deteníase á cada paso, encontrándolo todo en el mismo sitio y parándose á contemplar los antiguos muebles con infinito placer.

Mariana había sido una guardiana cuidadosa; no tan sólo no faltaba nada, sino que en todas partes

doquiera se notaba cierto aire de bienvenida. El artista sentía entonces ese vínculo tan fuerte de la casa de familia, del techo que nos ha visto nacer y que sin duda nos verá morir. Comprendía la fuerza de esta palabra: el *home*.

Estaba solo: ni Lila ni Carlota le habían seguido: echó una ojeada á todos los objetos y murmuró cautelosamente:

- A pesar de todo, estoy contento de haber venido. ¡Ah! Si ella estuviese aquí...

Y á decir verdad, él mismo no sabía en aquel momento si pensaba en Elena ó en Bertranda.

Unos pasos rápidos, precipitados, una respiración jadeante le sacaron de su ensimismamiento. Lila acudía satisfechísima.

El padre la siguió.

La verdad era que aquel cuartito estaba precioso como siempre. Parecía como si se exhalara un perfume de aquellas ramas de flores, que Fernando contemplaba meneando la cabeza en ademán de aprobación.

- Sí, sí, no está mal, decía; pero creo que hoy lo haría mejor.

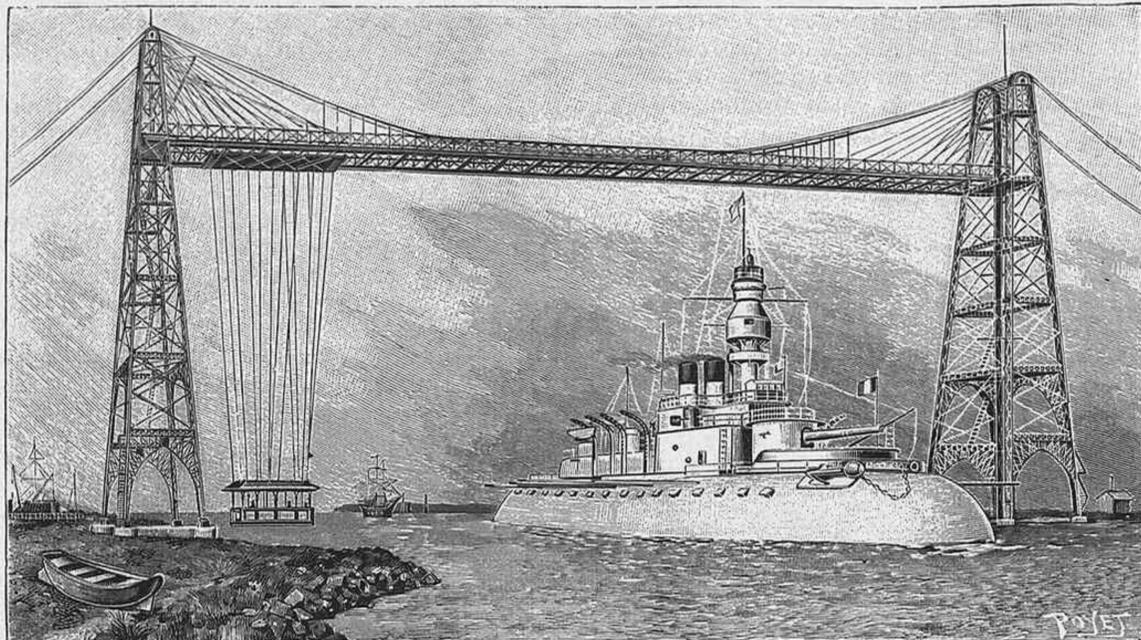
Entonces Lila se acercó á él, muy juntita, muy juntita, y cogiéndole una mano le dijo:

- Quisiera ver el cuarto de mamá.

El pintor vaciló.

- Bien mirado, dijo, es preciso: no podemos dejarlo siempre cerrado. Entremos juntos, hija mía.

(Continuará)



Puente transbordador, sistema Palacio, construido en el puerto de Biserta (Túnez)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PUENTE TRANSBORDADOR, SISTEMA PALACIO, CONSTRUÍDO EN EL PUERTO DE BISERTA

Entre las varias obras importantes recientemente realizadas en el puerto de Biserta, merece especial mención el magnífico puente transbordador del sistema Palacio, construido en la entrada del canal que pone en comunicación el puerto y el antepuerto.

En el número 609 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensa y detalladamente de este sistema de puentes inventado por el ilustre ingeniero bilbaíno M. Alberto de Palacio, y publicamos varias vistas del puente, entonces inaugurado hacía poco, que funciona en la ría de Bilbao; por esta razón nada diremos del de Biserta, que es de igual altura que aquél, es decir, de 45 metros desde el tablero hasta la superficie del mar. Únicamente lo reproducimos para demostrar el nuevo triunfo conseguido por nuestro compatriota al ver aplicado en tierra extranjera y por una empresa extranjera también el notabilísimo invento. - X.

* *

MÁQUINA PARA COLOCAR LAS VÍAS METÁLICAS POR TRAMOS MONTADOS

El empleo de traviesas metálicas generalízase cada vez más en los países en donde la conservación de la madera presenta ciertas dificultades inherentes al clima ó que no cuentan con bosques bastantes para un aprovisionamiento conveniente.

Entre estos diversos países citaremos la Turquía europea y el Asia Menor. La línea de Esmirna á Casaba ha sustituido ya una parte de sus traviesas de madera por otras de acero dulce de 50 kilogramos de peso, y los ferrocarriles de Salónica á Monastir y de Salónica á Constantinopla, lo propio que los de Anatolia, tienen vías enteramente metálicas del mismo tipo.

Estas vías unen á la ventaja de su mayor duración la de poder ser fácilmente montadas por tramos enteros, que corresponden á la longitud de los rieles,

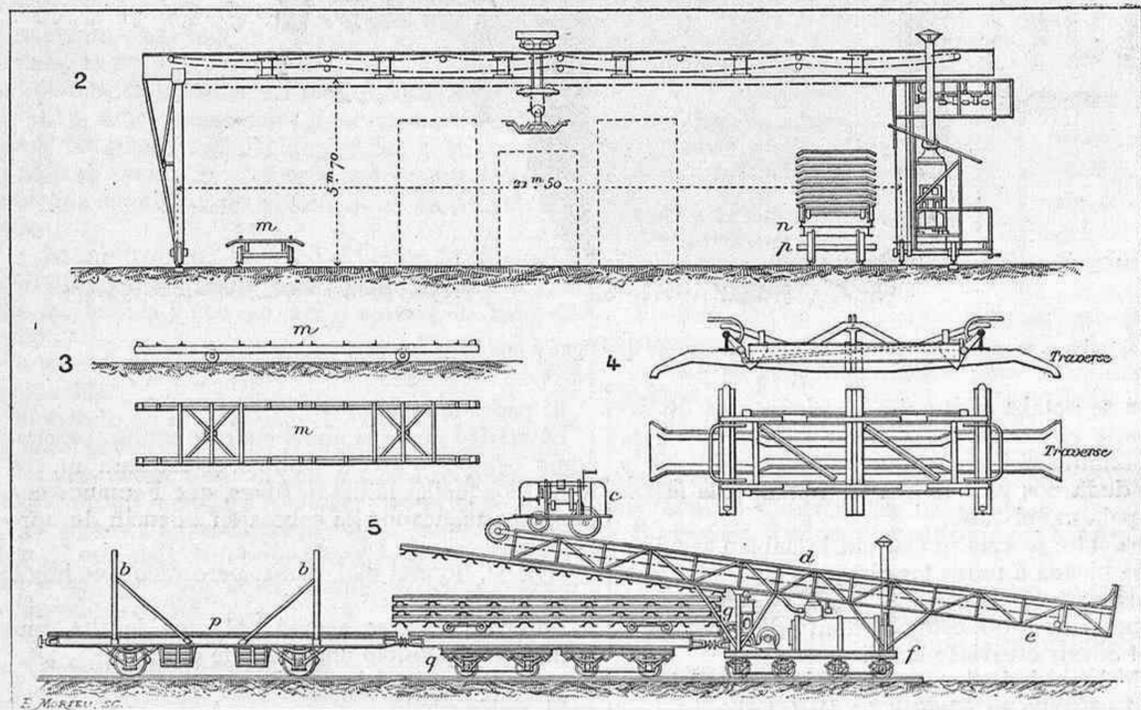


Fig. 2. - Máquina para colocar las vías metálicas por tramos montados. - 2. Puente rodadizo para la ensambladura de los elementos de la vía. - 3. Vagón conductor (elevación y plano). - 4. Gancho de suspensión del puente rodadizo. - 5. Máquina para el transporte de los tramos montados.

y colocados, por consiguiente, en una sola pieza. Esta colocación se ha realizado merced á un aparato especial debido á M. Behrends, ingeniero jefe de la casa Ph. Holmann, de Francfor del Mein, habiéndose obtenido por este medio una notable economía en los gastos de instalación.

He aquí una descripción del procedimiento seguido.

Se comienza llevando al depósito los tramos, que tienen una longitud de 9'55 metros, empleándose para ello vagonetes especiales *m* (fig. 2, núm. 2), que llevan fijas en el sentido de su longitud unas abrazaderas destinadas á asegurar la posición de los tramos sobre los cuales se empernan los rieles: cada trozo así formado es levantado por la cabria de un puente rodadizo (fig. 2) de 21'50 metros que deposita los elementos en los vagones empleados para el transporte de las vías. El gancho de suspensión (fig. 2, núm. 4) que recoge los tramos, funciona automáticamente y está provisto de garras que al llegar á los rieles de los tramos se cierran para cogerlos y que luego se abren con las manos ó por medio de una varilla. El puente rodadizo lleva consigo, en uno de los lados, una caldera vertical que alimenta los cilindros de la cabria de vapor.

Los vagones de transporte de las vías son de un tipo especial *p* (fig. 2, núms. 2 y 5) y están provistos de rodillos para guiar los tramos: una vez colocados éstos, unos encima de los otros, en plataformas *n*, se los sujeta por

medio de cadenas que pasan por debajo de los vagones: unos montantes *bb* sostenidos por jambas resistentes impiden que las cargas se caigan hacia los lados. El vagón *q*, que va inmediatamente después de la máquina colocadora, no difiere de los otros sino en que descansa sobre cuatro ejes: para asegurar la circulación de las plataformas cargadas sobre los vagones *p* están unidas unas á otras por trozos de rieles.

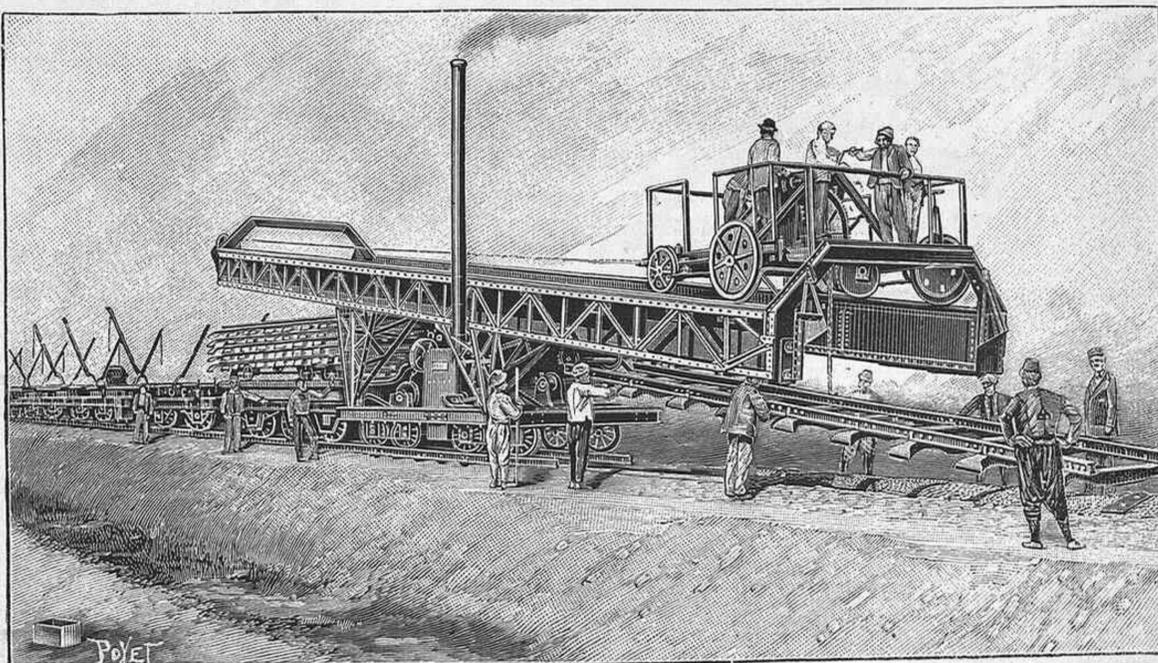


Fig. 1. - Máquina para el transporte de las tramos montados

La máquina colocadora (fig. 1, y fig. 2 núm. 5) comprende una caldera del tipo locomotora que alimenta una máquina vertical del tipo pilón, que sirve para poner en movimiento el convoy: la plataforma lleva asimismo una cabria de vapor para colocar sobre el vagón *q* las plataformas cargadas de tramos. El conjunto descansa sobre cuatro ejes, de los cuales el de atrás es motor. La plataforma tiene varios montantes que sostienen un puente inclinado *d*, formado por dos vigas; por su parte superior circula una cabria de vapor *c* y por la inferior los contrapesos *e* de esta última.

La colocación se verifica del siguiente modo. Cuando la cabria *c* está en la posición que indica el número 5 de la figura 2, es decir, encima del primer vagón, se levanta el tramo fijándolo por el centro á la cadena de la cabria hasta el nivel de los elementos inferiores y luego se suelta el freno de la plataforma que se desliza por los elementos superiores y cuyo movimiento está refrenado por la acción de los contrapesos *e*.

Cuando la cabria llega á la posición de descarga ó sea debajo del puente, se baja el tramo hasta un metro encima del balastro y á brazo se lleva delante del último tramo colocado, hecho lo cual se quita la cadena, y el tramo, que descansa sobre el suelo, queda dispuesto para su ajuste, que se ejecuta después de hacer retroceder la máquina instaladora.

Durante esta operación, la cabria permanece inmóvil merced á la acción del freno; y una vez terminada aquella, se suelta el freno, y los contrapesos *e* obligan á la cabria á subir hasta ocupar la posición de carga.

De este modo se procede á la colocación de todos los tramos cargados en el primer vagón, después de lo cual se quita la plataforma que los conducía, y por medio de la cabria se hace avanzar la del segundo vagón con su carga y así sucesivamente. Cuando se han colocado y ajustado todos los tramos, se levantan las plataformas arrojadas sobre el talud por medio de una pequeña grúa de mano situada detrás del último vagón, y la máquina instaladora regresa al depósito para ser nuevamente cargada.

Los resultados obtenidos en la línea Eskichehir-Konia, en el Asia Menor, dan un avance de 1.500 á 1.600 metros por día. Cada convoy constaba ordinariamente de 17 vagones, cada uno de los cuales llevaba 10 tramos. Con un convoy de 30 vagones pudo llegarse á un avance de 2.866 metros en 13 horas de trabajo; pero este resultado notable sólo se obtuvo en secciones completamente rectas, pues ya se comprende que las curvas requieren mayor trabajo. — G. RICHOU.

LA VELOCIDAD DE LOS TRANVÍAS

Un ingeniero de Colonia, M. Gerou, ha practicado una investigación acerca de la velocidad que han juzgado más conveniente establecer en su servicio algunas importantes compañías de tranvías, habiendo recibido hasta ahora varias contestaciones de Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Austria, etc., y de las cuales ha deducido las conclusiones siguientes.

En general, y como era de suponer, la velocidad de las líneas de los suburbios es superior á la de las líneas urbanas. Las velocidades máximas para las primeras varían entre 14 y 20 kilómetros y para las segundas entre 7 y 12.

Algunas compañías creen que en las calles ordinarias la velocidad podría elevarse á 24 kilómetros y aun á 30, cuando hay una vía independiente, si bien adoptándose algunas reglas especiales para las pendientes, curvas y cruces. — X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINS
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grajeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTE
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grajeas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grajeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PILDORAS y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Oplacion, la Escrófula, etc.
 Exigir el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARIS
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y todo
 CANDES et C^{ie} 81 St-Denis 44

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL
 Es el más energético de los emanegogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la
SALUD DE LAS SEÑORAS
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

OBESIDAD
 tratada con éxito desde hace 30 años con las
PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
 En las principales Farmacias
 del D. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Estudios de Fra Bartolomeo, existentes en el Museo de los Uffizi de Florencia

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{no} BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJA SE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK



Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestion
 curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — Depósito GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET HONOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FR^{re} BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1850
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA,
 este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de
 Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades
 Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis.
 Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
I - CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II - CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CE. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN